

BUEN HUMOR



BON.

400
CTMS.

LIDA

Crema reconstituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Bases para el concurso de marzo.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para el primer sorteo del próximo junio.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Tres décimos para el mismo sorteo que los anteriores.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 8 de abril, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro

apartado-número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de marzo insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los primeros números de abril se publicarán

las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

CUPÓN

correspondiente al número 118 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

1. — Cobardía.

CABALLO
A 1 1 1000 A

2. — Junto a Alhama de Aragón.

— ¿Dónde, por fin, os dejó tu padre la *tercia-cuarta*?

— Cerca del Moncayo. Por cierto que al subir yo un día me quedé sin un *dos-primas*.

— ¡Ah! Pero aquellas cabras de la montaña dan muy buena *cuarta-dos*.

— En *todo* también las hay superiores.

3. — Para adornar balcones.

JUEGO DE NAIPES
WAMBA SIN NOTA

4. — Charada procesional.

— No me hace mucha gracia *prima-cuarta prima-dos-cuarta*.

— El caso es que no puedo *tercia-cuarta* otro.

— Pues no hay más remedio. Es muy chico para colocar el *todo*.

5. — Con la barrena.

PODA
INCIENSO — GA

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.

6. — ¡Un día... es un día!

NOTA
BOLA DE BILLAR

RESULTADO DE NUESTRO CONCURSO DEL MES DE ENERO

Las soluciones de los pasatiempos publicados durante el mes de enero son las siguientes:

1. *Chupatintas*. — 2. *Bellotas*. — 3. *Sirena*. — 4. *Bresford*. — 5. *Seroja*. — 6. *Sempiterno*. — 7. *Camellos*. — 8. *Poderosos*. — 9. *Vallecas*. — 10. *Vacante*. — 11. *Tapabocas*. — 12. *Demanda*. — 13. *Espasa*. — 14. *Agata*. — 15. *Ceniza*. — 16. — *Porquero*. — 17. *Tragacete*. — 18. *Pezpalo*. — 19. *Franciscano*. — 20. *Cencerro*. — 21. *Incapaces*. — 22. *Nuevecita*. — 23. *Vicio asqueroso*. — 24. *Salvavidas*. — 25. *Primates*. — 26. *Paralelas*. — 27. — *Metacarpó*. — 28. *Carcamal*. — 29. *Cachemira*.

Examinadas las doce mil trescientas veinte soluciones recibidas, resultan completamente exactas las setenta y seis que firman los *pierdetiempistas* siguientes:

1. Manuel Ródenas. Madrid. — 2. Ventura Vizcaino. Madrid. — 3. Marichu Peyrona. San Sebastián. — 4. José Marcos Domínguez. Madrid. — 5. Francisco Duarte. Jerez de la Frontera. — 6. Ernesto Alvarez. Madrid. — 7. Isaac F. Baharona. Burgos. — 8. Bernardo Salaberry. Carabanchel Bajo. — 9. José María Tarrega. Carabanchel Bajo. — 10. Manuel García Reyes. Madrid. — 11. Ramón

Tarodo. Madrid. — 12. Alfonso P. Chirinos. Madrid. — 13. Carmen Jimeno. Madrid. — 14. Conchita Lorenzo. Madrid. — 15. Aurelio del Puerto. Madrid. — 16. Manuel de las Casas. Tarifa. — 17. Juan Garmendía. Portugalete. — 18. Mariano Lanzarote. Madrid. — 19. José Luis Miller. Madrid. — 20. J. García González. Madrid. — 21. Concha Rodríguez. Santander. — 22. Manuel Tárrega. Madrid. — 23. María Luisa Besses. Madrid. — 24. Carlos F. Cancela. Madrid. — 25. Carlos de Bayo. Palencia.

26. Angel Carriazo. Madrid. — 27. Manuel Monjardín. Madrid. — 28. Elvira de la Cuerda. Madrid. — 29. Carlos Moncada. Madrid. — 30. José Sacristán. Madrid. — 31. Manuel Navarro. Granada. — 32. Pío de Bayo. Bilbao. — 33. María Teresa de Otaduy. Portugalete. — 34. Eloy del Puerto. Madrid. — 35. Rafael S. Belmás. Madrid. — 36. Manuel Aries. Madrid. — 37. Enrique Para. (No indica residencia.) — 38. Ernesto La Porte. Madrid. — 39. Tiburcio A. Romero. Madrid. — 40. José Pedro Roperó. Madrid. — 41. Mariano P. López. Madrid. — 42. Magdaleña Yarza. Madrid. — 43. Rafael Gómez. Madrid. — 44. Marceliano Pedrero. Larrache. — 45. José Montanos. Madrid. — 46. Alfonso Fungairiño. Madrid. — 47. Al-

berto M. Ferreras. Madrid. — 48. Ezequiel Fernández. Madrid. — 49. Marcial Arcal. Madrid.

50. Luis G. Méndez. Madrid. — 51. Paquita García. Ciudad Lineal. — 52. Daniel de la Puente. Madrid. — 53. Clemente Rodríguez. Madrid. — 54. Elena F. Castro. Madrid. — 55. Antonio Sánchez. Madrid. — 56. Matilde Maraver. Madrid. — 57. Ramón Maraver. Madrid. — 58. Charito Maraver. Madrid. — 59. Felisa Maraver. Madrid. — 60. E. Alvarez Alzaga. Madrid. — 61. Marcos G. Manteca. Portugalete. — 62. Carlos S. Ocaña. Madrid. — 63. Fernando Pineda. Madrid. — 64. Juan R. Sánchez. Madrid. — 65. Rafael Sáenz. Madrid. — 66. Porfirio del Campo. Madrid. — 67. Carmen Domínguez. Portugalete. — 68. Francisco de Toledo. Madrid. — 69. Francisco L. Rodríguez. Madrid. — 70. Santos Garijo. Algeciras. — 71. Manuel Galtier. Madrid. — 72. Carlos Rivera. Madrid. — 73. Juan F. de Santé. Madrid. — 74. Carlos Tauler. Madrid. — 75. Francisco G. Arranz. Madrid. — 76. Emilio Sierra. Zaragoza.

El sorteo de los premios correspondientes a este Concurso se verificará públicamente en nuestras oficinas (plaza del Ángel, 5), a las seis de la tarde del día 3 del actual.

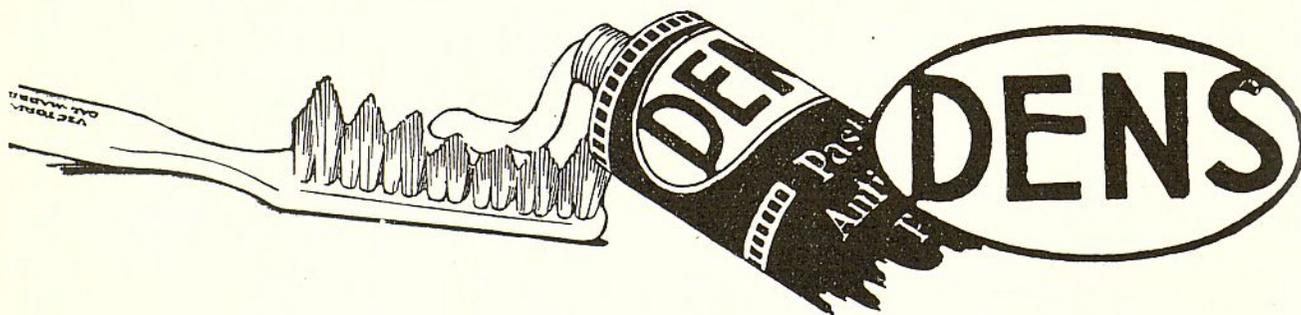
Visite Ud. al Dentista
 todos los años
 y use Ud. PASTA DENS
 todos los días



Error es acudir al dentista únicamente cuando duelen las muelas ó lo exige el mal estado de la boca.

Visítele Vd. por lo menos una vez al año, para que repase lo que convenga; y el dentista le aconsejará que use todas las

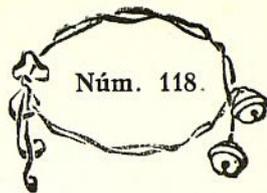
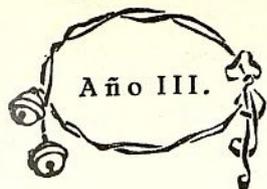
mañanas la Pasta Dens y se enjuague con Elixir Dens después de cada comida, para conservar la dentadura sana, limpia y brillante. Una bolita de algodón empapado en Elixir Dens calma en el acto el dolor de muelas.



La composición de esta pasta no es un misterio. La Pasta Dens es una crema jabonosa, de sabor agradable, aromatizada con menta dulce de buena calidad.

Ni piedra pómez, ni jibia, ni drogas de efecto dudoso ó nocivo. Limpia el esmalte dental con la suavidad de una esponja, no lo raya con la aspereza de la lima.

Tubo 1,50 en todos los comercios de España.-Perfumería Gal.-Madrid.



Madrid, 2 de marzo de 1924.

¡NO ME CONOCES!



El señor Matías cae desplomado sobre el catre, al mismo tiempo que dice a su *costilla*:

— Ulogia, tira d'aquí, y ten cuidiao al sacarme el matiné. ¡Mi madre, que tarde he pasaol!
— ¿Has dao muchas bromas?
— Pa bromas estaba yo... Con decirte que me he tenío que agarrar a un bebé pa no caerme, de un mareo que m'ha dao.

— Pues agárrate, no te vayas a desmayar también de la noticia que te voy a dar: ha estao el casero.

— ¿Disfrazao? — dice el señor Matías saltando del lecho.

— Sí. Pero le he conocío en seguida, porque m'ha enseñao cuatro recibos atrasaos a tu nombre.

— Bueno. Habrá venío a darte broma, porque, en serio, no quedrá que le pague cuatro recibos.

— Pues en serio, y muy en serio, me ha dicho que nos vayamos fijando en cualquier pisito de la Gran Vía, porque éste le necesita.

— Bueno. No me amargues la noche, que tengo que ir luego a Barbieri.

— Lo que siento es no ir yo también, pa servirte de pareja.

— Y yo también lo siento. Pero no puedo llevarte, por que estoy muy mal de perras. ¡Pa sacar mi entrada me voy a ver negro!

— Si tú quisieras, le llevaba tu pañosa al señor Paco. Ya sabes que seis *beatas* las dan siempre.

— ¡Pa luego es tardel... Agárrala, y procura que no la vea toos los agujeros.

— ¡Descuidal!

— Si te dan las seis *piastras*, resérvate un *mosquito*, y con la *lucana* de non te compras un puñao de claveles, pa que te los disemines por el pecho, y te dejas el más reventón pa encima del moño.

— Vuelvo volando...

— No tarde y

priano que suba, pa que me tararee un *foxtrope*; quiero ensayarme a ver si he perdió lasticidad.

No han pasado tres minutos, cuando Cipriano pregunta, con una voz que parece que sale de un sarcófago:

— ¿Le hay?

— Pasa. Elige el baldosín que más te agrade y siéntate; y, sobre too, disimula que te haiga recibío en pijama.

— Paeces un canario.

— Cosas de la Ulogia, que dende que tuve el reuma, me hace ir de bayeta. Tú fumas, ¿verdad?...

— Si me das un pitillo, sí.

— Entonces, no fumas. Bueno. Yaabrás pa lo que te he llamao.

— Me lo ha indicao la Ulogia; pero

vas a perdonarme que no te tararee na, porque estoy que se me ahoga con un pelo.

— ¡Rediez!... ¿Qué te pasa?...

— Mis sospechas, que s'han confirmao hoy. Tú ya sabes que yo andaba algo *mosca* con la fidelidad de mi parienta. Tú ya sabes lo libre que es.

— Eso es la edaz.

— Bueno. Pues si la ves estos Carnavales, no la conoces.

— ¿De qué iba?

— De mal en peor; quio decirte, que estos Carnavales se ha soltao el pelo, y ha llevao una vida como pa sacarla a luyas.

— ¿No serán figuraciones tuyas, Cipriano?

— ¡Qué han de ser! Esta mañana salió de casa con un lío de ropa, diciendo que era pa lavarla; yo no lo creí, y la seguí de lejos; al volver la esquina se la acercó un gachó disfrazao de demonio; pa poder seguirles más de cerca, y con objeto de que no me conocieran, me compré una nariz y me la puse; cuando estaba en esto, pasó un coche, y el maldito demonio la metió en el simón y se la llevó en mis mismas narices. ¡A la fuerza se tie que haber vuelto local!

— La habrá tentao el demonio.

— ¡Tomal... ¡Tú verás!... ¡Es seguro!

— Y tú, ¿por qué no le diste cuatro patás?

— Porque iba disfrazao, hombre, y a lo mejor era un amigo que queria distraerla un rato. ¡Ah; porque se me ha olvidao decirte que la pobre Encarna está neurasténica pasá!

— Entonces, has hecho bien, y ties que agradecer que te la paseen.

— ¿Tú crees...?

— ¡Naturalmentel Así es, que deja esa murria, y silbame el chotis del *Cucú*, tan y mientras viene la Ulogia.



Dib. SILENO. — Madrid.

Luis CANDELA

MI AMIGO MAS CORDIAL

¿No le conocéis?... Tiene veintitrés años, y, a pesar de su poca edad, su cabeza está llena de canas y su corazón de desencantos.

Es un muchacho a la moderna: frívolo, descariñado, sin vehemencias, sin ideales... Son sus pasiones predilectas: abusar de los débiles, acaparar el oro y jugar al fútbol.

Yo le conozco desde que nació. Nació la noche del 1 de enero de 1901.

Precisamente, aquella misma noche acababa de fallecer uno de sus hermanos. Ha tenido muchos: diez y nueve, creo. El es el más pequeño. Yo no he conocido más que a dos: a éste y al que acabo de decir que falleció hace años.

De entre ellos, los primeros recibieron

una cultura clásica. Se educaron en Roma y en Atenas. Los siguientes fueron más retraídos. Se encastillaron en una vida hermética, y unos fueron frailes, y otros grandes señores, y todos autocráticos por naturaleza y sin hipocresía.

El hermano que sigue, en sus últimos años adquirió un gran prestigio. Partió de España en busca de otras tierras, y el éxito coronó sus esfuerzos.

El subsiguiente hermano, esto es, el diez y seis, también triunfó, pero dentro de España, y se hizo *de oro* en ella.

Y no fué *su oro* el oro monedable; fué el oro de la gloria, el oro del progreso; y este oro ennobleció la centena de años que le duró la vida.

Su hermano diez y siete dispó en

francachelas la fortuna moral y material de su hermano anterior. Y el siguiente, más noble, más consciente de su deber y más generoso, tiñó de sangre la villa de París..., y hay quien asegura que aquella sangre fué semilla fecunda que democratizó los destinos del mundo.

Y vino luego su hermano diez y nueve: inquieto, loco, discoloro; después, conspirador. Inventor, y hasta sabio. Pero todo de prisa, como en una ruleta gigantesca en que corazón y cerebro, haciendo de bolitas, se golpearan mutuamente de puro atolondradas, viviendo la una a expensas de la otra.

Su vida es un mosaico de cosas grandes y de pequeñas cosas. Amó. Sufrió. Luchó. Y tuvo en sus escudos palmas de gloria y palmas de martirio.

Y henos de nuevo ante este amigo mío, que a ratos me maltrata, y a ratos parece que me quiere, y tiene la ternura de llamarme hijo suyo.

Yo, como es natural, procuro ser ingrato y quitarle el pellejo.

Y a veces con justicia.

¿Os parece bien, por ejemplo, que a este amiguito mío, cuando apenas tenía quince años, le diera por los juguetes bélicos y me llenara la casa de soldados, fusiles, cañoncitos, garbancitos de pega, bolitas malolientes y otros mil artefactos de infantil exterminio? Y menos mal que a los diez y ocho años se cansó de destrozarse la casa y comenzó a portarse como un hombre formal.

Pero yo no me fio. En el fondo sigue siendo muy *revoltoso* y muy *guerrero*.

Ahora, verbigracia, acaba de llegar de un puerto de Levante, donde ha armado un alboroto de todos los demonios.

Y, en resumidas cuentas, que mi amigo está loco. Pero, ¡qué diablos!, también estaba loco Alonso de Quijano, y no me negarán ustedes que es una de las pocas personas decentes que sobre el mundo han sido.

¿A que no saben ustedes otra de las chifladuras de mi amigo? Y eso sí que no se lo aplaudo. Le ha dado por levantar montañas; pero no de arena, ni de mineral, ni de tierra.

¿De qué diréis que son? ¡De papel monedal!

Y por si este capricho fuera fútil, como un lindo bebé que rompe una muñeca para inquirir lo que tiene dentro, ha agarrado todo un país oriental y, ¡zas!, lo ha hecho añicos de un golpe.

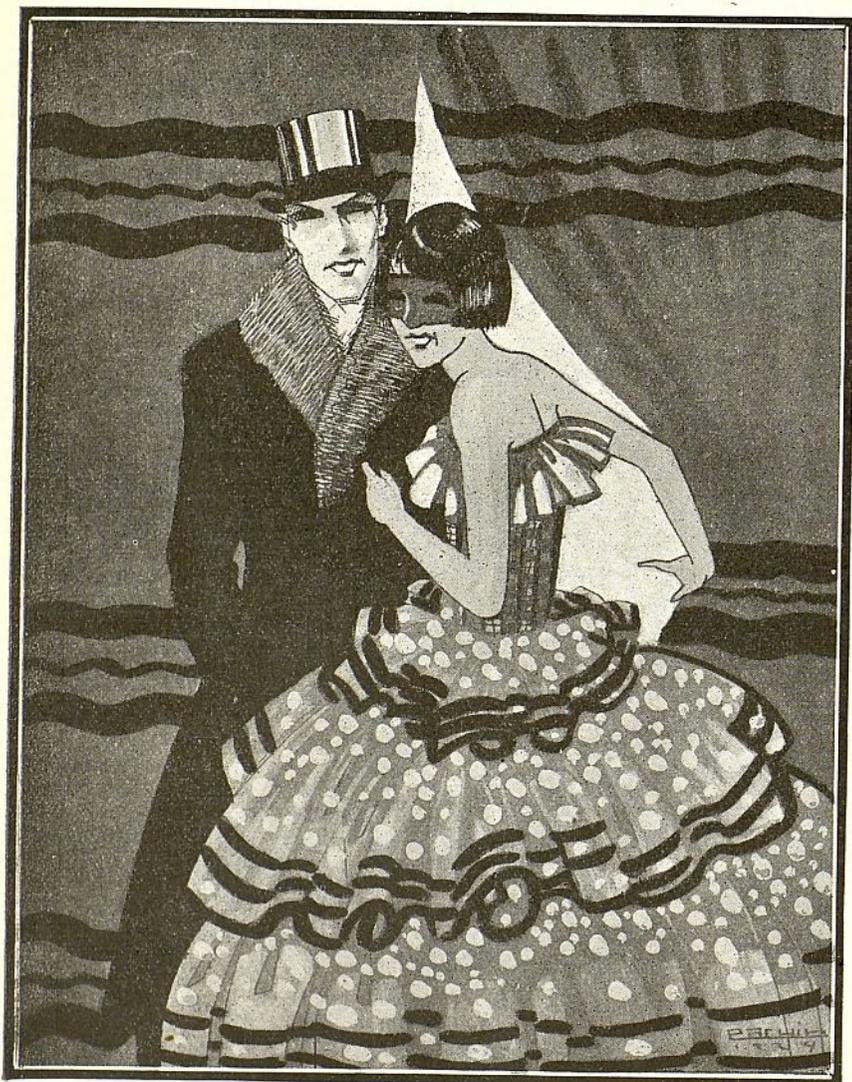
Y, de propina, se dispone a alargarnos la vida; y a entablar un *diálogo de luces* con los astros; y a burlarse de todos los microbios, y hasta a descubrir, si le dejan, la trisección del ángulo y la cuadratura del círculo.

Pero ahora que me acuerdo. Venga hablaros y hablaros, y no os he dicho aún el nombre de mi amigo.

¿Será posible que no lo presumáis? ¿No lo habéis acertado todavía?

Se llama «El siglo XX».

JAVIER DE BURGOS



Dib. PACHÍN. — Madrid.

— ¡Qué suerte la de Pili! ¡Como su padre tiene una casa de compraventa, a cada baile se viene con un mantón de Manila diferente!



Dib. GARRIDO. — Madrid.

LOS DISFRACES DE ESTE AÑO

Ayuntamiento de Madrid



Dib. ELI. - Cercedilla.

— Ahora que estamos solos, Chichita, le diré a usted... que tengo que decirle...

— ¡Me parece, Polito, que se va usted a escurrir!...

DARES Y TOMARES

«Damasque petimusque vicisim. — HORACIO (1).

Encontréme anoche, a última hora, con un conocidísimo escritor que estaba desesperado.

— ¿Qué te ha ocurrido? — le pregunté con ansiedad.

— Calla, hombre, calla; que éste es el país de los pediguñeos. ¡Qué día me han dado!

— ¿Tantos han sido?

— Verás. No hago más que abrir los

(1) A poco que pegue uno de estos lemas en latín, hace precioso.

ojos esta mañana, y escucho: «¿Da el señor su permiso?» Era mi criada, que venía a pedirme que la dejara ir a su pueblo, a la boda de una cuñada. «Mujer — la dije —, ¿no sabe usted que la familia está fuera? ¿Cómo voy a quedarme ahora sin servicio?» La maritorne se retira silenciosa; pero en cuanto me da el desayuno, me pide la cuenta.

«Salgo de casa, voy a cobrar una letra de una pequeñez, y me piden conocimiento.

»Entro a comprar unas frioleras en casa de uno de mis proveedores, y me

pide una recomendación para una segunda tiple que quiere entrar en Apolo.

»Me encuentro a nuestro ex compañero en la Prensa Furciámez, y me pide dos duros.

»Vuelvo a casa, abro el correo, y sigue la serie: Carta de una señorita cubana que me pide un autógrafo. Carta del majadero de Puig Roig, que me pide explicaciones por haber dicho en mi crítica que su comedia original es un vodevil francés, lo cual no puede estar más claro. Carta de mi mujer pidiéndome cuenta de lo que hago en esta viudez interina. Carta de las de Verdecilla pidiéndome un vale para ver el Tenorio.

»En el ramo de visitas he recibido: la de una señora que venía a pedir informes de una cocinera.

»Otra, de la viuda de Casado, para anunciarme que mañana pide en las Calatravas.

»La de una Comisión del Círculo Cuadrado para que les dé una conferencia sobre *La ruleta en sus relaciones con las letras y las artes hispano-americanas*.

»Y la del padre de un muchacho pianista, que me pide la mano de mi hermana Tecla.

»Y la de un recomendado de mi suegro pidiéndome mi opinión sobre la gestión del Directorio en el asunto de la exportación de las lentejas.

»Y, por último, otra de mis vecinos pidiéndome la firma para reclamar al casero que nos suba el piso...»

— ¿Que os suba...?

— Sí, el piso del portal, que se ha hundido medio pie.

»Sobre todo lo dicho, he tenido que dar el pésame a las de Bicoca por la muerte de su abuelita a los setenta y nueve años, que constituye para ellas un quebranto de intereses, porque la pobre señora figuraba como nodriza de la Inclusa.

»He tenido que dar los días a mi mamá política, como si no tuviera ya bastantes.

»He tenido que dar la enhorabuena al cacharrero de enfrente, a quien han concedido una cruz por servicios especiales.

»Me han pedido lumbre en la calle varias y repetidas veces.

»Me ha pedido mil perdones en el tranvía un señor grueso después de posar toda su humanidad sobre uno de mis pies.

»Y hace unos momentos, en la parte más oscura de la calle, me han acosado, pidiéndome para ayuda de un panecillo, un ciego, un mudo, un cojo, un manco, y no sé cuántos lisiados más, con tal apremio y acometividad, que, a mi vez, he tenido yo que pedir...»

— ¿Tú...?

— Sí, querido amigo: he tenido que pedir auxilio a una pareja de guardias y acudir a la Comisaría, donde me han pedido un fiador.

CARLOS LUIS DE CUENCA

FILOSOFÍA DE CARNAVAL

PANDORA, EL ANTIFAZ, EL TAPADILLO Y LA TAPADERA

Hay un aforismo de Stendhal que dice: «Mujer que se encubre, quiere ser descubierta.» Y aunque esto no lo hubiera dicho Stendhal (1), es una gran verdad, y en esa gran verdad tienen su origen y su justificación el antifaz y el vestido.

El vestido no se ha hecho para cubrir, sino, por el contrario, para que sea posible descubrirse; y el antifaz no procura ocultar, sino atraer, intrigar, entrarnos en curiosidad por conocer lo que no nos importa.

A todos los incógnitos les pasa lo mismo: no quieren guardar el incógnito, sino, al contrario, llamar la atención. ¿No han visto esas noticias que publican los periódicos diciendo que el señor de Tantos y Cuantos ha llegado «de incógnito» a la localidad? Nunca se da el caso de que el interesado proteste por haberle descubierto el incógnito; y es porque sabe bien que a nadie nos importa su viaje, y quiere darle un poco de misterio, a fin de que parezca interesante y haya expectación.

El origen de todo esto está en Pandora. Pandora, como sabéis, fué una dama a la que le dieron en custodia una cajita con la severa consigna de no abrirla. Ella la abrió, y todos los males, que estaban encerrados en la caja se esparcieron por el mundo por culpa de Pandora.

Eso nos cuenta la leyenda; pero eso no es cierto. La caja de Pandora — lo sé de buena tinta — estaba vacía por completo, y a Pandora le constaba. Pero

(1) Que, en efecto, no lo ha dicho: lo digo yo; pero se lo achaco a él para más lucimiento.

¡ay!, la caja, aunque vacía, estaba cerrada; y eso fué más que suficiente para que a Pandora le entrase la comezón, y el remusguillo, y la irresistible necesi-

arranque de Pandora. Todos los médicos de hoy abren a cada momento la caja, no la de Pandora, sino hasta la torácica del mismísimo cliente, sin otra

justificación que la de asegurar que está llena de males, y se les aplaude el arranque, y lo llaman, por añadidura, pomposamente, «espíritu de investigación», y no curiosidad. ¿Por qué, entonces, habían de vituperar en Pandora el mismo arranque? No; Pandora sabía de sobra que la caja estaba vacía. Eso era lo grave.

Lo único verdaderamente grave en este mundo suele ser la tontería, sobre todo porque nadie se queda en tonto a secas, y una vez que ha hecho el tonto, quiere sacar partido de ello, y lo complica. La tontería tiene, como todo en este mundo, descendencia. Crece y se multiplica. Y en este caso ocurrió así. El primer pronto de Pandora al abrir y ver que estaba la caja vacía, fué decirse: «¡Qué vaciedad!... ¡Cuidado que soy tontal!...» Pero en seguida comenzó a dar vueltas al caso para ver de sacarle punta. Y no tardó en encontrar un descubrimiento asombroso: «No importa, por lo visto — se dijo Pandora —, que esté vacía una caja; nos puede

atraer irresistiblemente, igual o más que si estuviera llena de algo; basta con tajarla. Igual con la cabeza: si está vacía, se la tapa.»

Y nacieron de esta idea los caballeros cubiertos, el vestido, el maquillaje, el antifaz y otras muchas invenciones.

Las mujeres, desde entonces, alían



dad de abrir la caja. ¿Para qué? Pues... ¡para abrirla! Para comprobar que no había nada; para destaparla y saber lo que ya sabía... Era tonto; era inútil; pero era irresistible: y concluyó abriendo la caja.

Si hubiera estado la caja — como la leyenda pretende — repleta de males, no hubiera tenido nada de particular el

con el tapadillo la vaciedad, y caemos sin reparo. «Todos los cuerpos caen con la misma velocidad en el vacío», ha dicho el físico, y lo dijo por eso. Es ley eterna. Basta sólo que el vacío busque tapadera. En el principio, fué el pudor. Cuando el pudor estuvo ya muy visto y se desacreditó con el tiempo y con el uso, se recurrió al vestido. Cuando la moda fué reduciendo el vestido, hasta suprimirlo, o poco menos, se inventó el disfraz carnavalesco y el antifaz.

El antifaz es el incógnito del rostro;

un nuevo truco para no viajar sin que se fijen y sin intrigar a la gente. El antifaz hace del rostro una charada. Y el *todo* — como en todas las charadas —, ni nos sirve ni nos importa, ni falta que nos hace; sabemos que el *todo* es una vaciedad, y que con aguardar a mañana nos darían la solución; pero nunca esperamos a mañana, y preferimos rompernos la cabeza, sin paciencia para esperar la solución. Y le llamamos a eso «pasatiempo»...

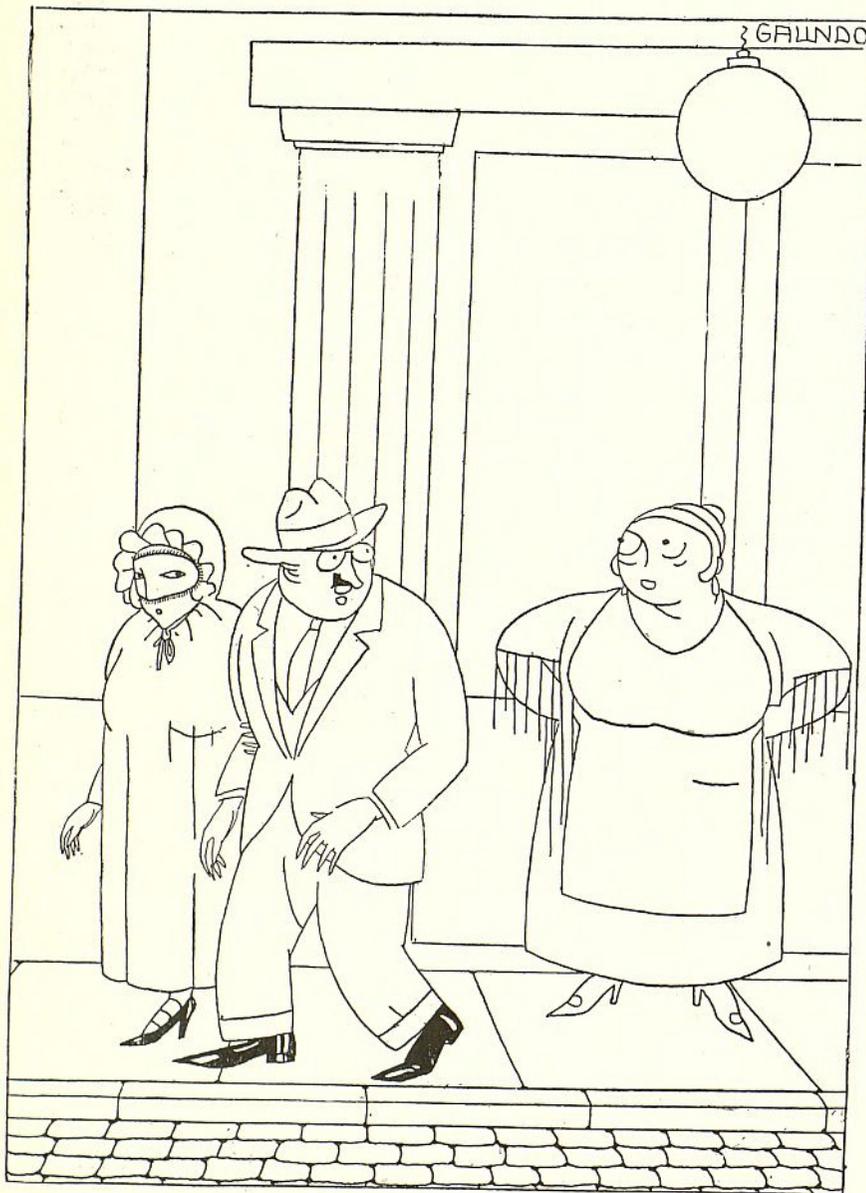
MANUEL ABRIL

BUEN HUMOR

MADRID BAILANDO

POR

JUAN PÉREZ ZÚNIGA

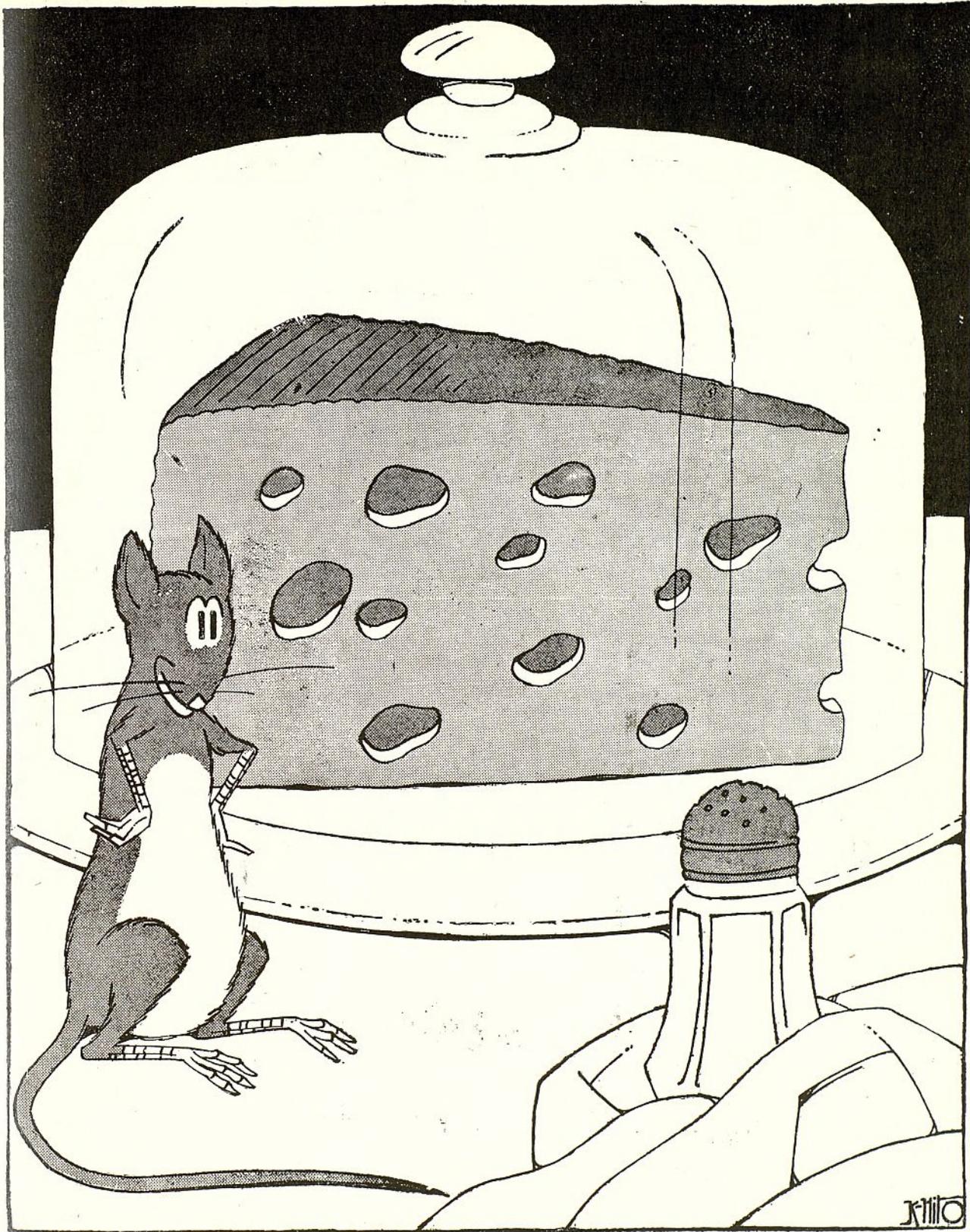


Dib. GALINDO. — Madrid.

— ¿Y eras tú, charrán, el que decías, al salir de casa, que ibas al café a jugar al tute?

— ¡Calla, mujer!... ¡No era al tute: era al dominó!...

Me dicen que en cierto baile de Madrid, veremos máscaras con trajes que representen diversas calles y plazas... Y aquí de mis dudas; porque pase que la joven que haga de Calle de *Mira el Sol* esté con lentes ahumadas, y luzca un traje de naipes la del *Conde de Barajas*; pase también que en el cutis enseñe verrugas varias la Calle de *Berruguete*; que si mi vecina Bárbara va de Calle de la *Ruda*, lo pruebe con sus palabras; que vaya con traje verde la Calle de la *Esperanza*; cubierta de sinapismos la Calle de la *Farmacia*; la Calle de la *Madera*, con un vestido hecho a tablas; que no se mueva en el baile la Calle de la *Parada*, para que así se distinga de la *Corredera Baja*; pase, en fin, que alguna buena señora lleve en la bata, por delante, un letrerito que diga: «*Puerta Cerrada*», y que la *Red de San Luis* lleve su traje de mallas. Mas díganme los señores que tal festejo preparan, qué traje van a ponerse las que representen plazas y calles como las de *Jacometrezo*, *Apodaca*, *Válgame Dios*, *Tribulete*, *Fúcar*, *Mira el Río baja*, *Arenal*, *Humilladero*, *Buen Suceso* y *Calatrava*. Sí; por mucho que cavilen las modistas de las máscaras, o las madres, no sé cómo les darán forma adecuada, pues la cosa no es tan fácil como si a la *Baltasara* se la pusiera en el moño disfrazarse, verbigracia, de la Calle del *Carnero*, porque yendo ataviada con un traje de su esposo, de seguro le bastaba. En fin: ¡ojalá esas calles se diviertan mucho! ¡Lástima no poder andar por ellas ni poder callejearlas!...



Dib. K-Hiro. — Madrid.

GRUYÈRE

— ¡Quisiera yo saber por dónde ha entrado el sinvergüenza del ratón que le ha hecho estos agujeros al queso!

Ayuntamiento de Madrid

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

UN TEMA DE CARNAVAL

El escritor tenía que hacer un cuento de Carnaval. Aquello le resultaba tan enojoso como apearse en marcha de un tranvía, cosa probadamente difícil, y en la que cada cual ha expuesto su vida una vez por lo menos.

Era algo irremisible, y tenía el peso fatal de una sentencia. Además, no le estaba permitido esperar a los días de Carnaval, en los que la realidad le prestaría abundantísimos asuntos. La parte más terrible de este designio de la Providencia era la que le obligaba a hacerlo con quince días de anticipación, adelantándose a los acontecimientos, como aquellos que hacen los pronósticos del tiempo.

Un periódico es una cosa bastante complicada, y debe tenerlo todo dispuesto para que el lector, al comprar su número el día de Carnaval, se vea agradablemente sorprendido con que el periódico trata frecuentemente el tema del día. Los extraordinarios de Pascuas empiezan a prepararse en septiembre. ¿Cómo el escritor tiene que cazar el tema con tres o cuatro meses de anticipación? Eso es lo interesante. Sus recuerdos le sostienen por un lado, y tiene que hablar de una Nochebuena, con las calles cubiertas de nieve, cuando aun no ha sacado del armario la ropa de invierno.

El escritor tenía que hacer un cuento

de Carnaval, y mordía el extremo del mango de su pluma.

Precisamente, el escritor era indiferente al Carnaval. Tenía de él la lejana idea de que, durante tres días, algunos centenares de personas gozaban con sustituir sus ropas habituales por otras más excéntricas y taparse la cara con telas agujereadas. Además, sabía que otros se reunían para ocupar una carroza adornada con percalinas, y prorrumpían en gritos de felicidad arrojando toda clase de objetos a los transeúntes y a otra clase de seres que se asomaban en los balcones y en las tribunas y correspondían a estos agasajos con otras pruebas de cordialidad y entusiasmo.

Tenía noticia, además, de que se apoderaba de la multitud una desenfadada alegría que la empujaba a lanzarse a los paseos y arrojar papelillos multicolores, y que algunas almas, envenenadas de maldad, se introducían entre la multitud alevosamente, valiéndose de lo anormal de las circunstancias para toda clase de desmanes. Se tenía concretamente noticia de que algunas de ellas echaban chorros de aceite con sus fingidos perfumadores sobre las prendas de vestir, y otras sentían la irrefrenable curiosidad por conocer el contenido de las carteras y los bolsillos de las demás.

Por último, sabía vagamente que otra parte del público concurría a los bai-

les para beber y cometer actos censurables.

Aquellas ideas desperdigadas no eran material suficiente para la confección de un cuento de Carnaval. Volvió a morder la pluma. El tema no aparecía por ninguna parte.

Los asuntos de Carnaval son reducidísimos, y se repiten todos los años, pensó el escritor. Todos los años aparecen y son muy celebrados por el público.

Uno de ellos consiste en fingir que se pregunta a las personalidades más conocidas qué disfraz piensan adoptar para el Carnaval presente, y hacer de un modo festivo las contestaciones de estas personalidades, marcadamente alusivas.

Este divertido asunto tiene otra variante, y es la de preguntar a las mismas personalidades, porque siempre son las mismas, qué opinan del Carnaval, y si debe o no suprimirse.

No falta quien tome el asunto por lo romántico y proteste de todo lo que contra el Carnaval se ha dicho, y proclame las excelencias y alegrías del Carnaval, del champaña y de los bailes de máscaras. En estos artículos no se deja de citar a Momo y a la pícara Colombina.

Es muy regocijado, asimismo, el tema de aquel que va al baile de máscaras y encuentra una pareja encantadora, a la que convida a cenar, y que, al instarle a que se despoje de la careta, resulta su esposa, su suegra, su criada o la patrona de la casa de huéspedes. También tiene muchos adeptos el socorrido tema de los que se disfrazan de mujer, ficción que da lugar a entretenidos incidentes.

El diálogo chulo entre destrozados, o con motivo de los disfraces, es muy celebrado corrientemente.

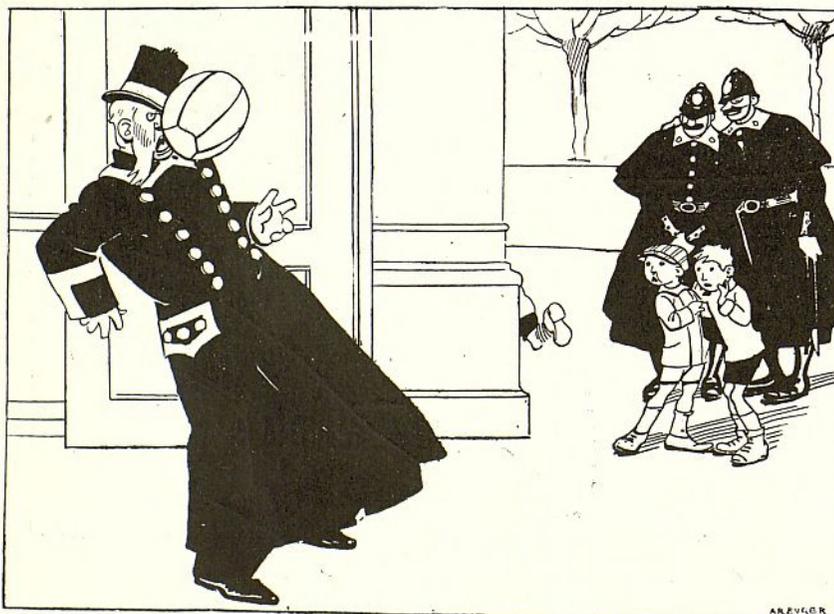
También recordaba el tema de la máscara que nadie conoce, y que luego resulta ser la Muerte. ¡Emocionante asunto que ha amedrentado a varias generaciones!

El escritor consideraba todos estos temas, y otros muchos que recordaba haber leído repetidas veces. Aun más: el escritor sentía el remordimiento de la conciencia, que le hacía notar cómo algunas veces había incurrido en uno de estos temas exprimidos.

El artículo no aparecía por ninguna parte, y, como el tiempo apremiaba, el escritor no hizo su cuento de Carnaval, y prometió pensarlo más detenidamente para el año próximo.

Como en Carnaval todo pasa, el escritor se permitió esta broma de Carnaval.

José LÓPEZ RUBIO



Dib. AREUGER. — Madrid.

— ¡Ha sido goall...
— ¡Ha sido narices! ¿No ves cómo la ha parado el portero?...

EL "¡HAY QUE VER!", CANTADO POR WEYLER

«¡Hay que ver..., hay que ver..., hay que ver la ropa que hace un siglo llevaba la mujer!»

(Desahogo popular, con cuya inimitable música soñó un servidor de ustedes que el ilustre Weyler entonaba el otro día la romanza siguiente.)

WEYLER (apareciendo en escena con un traje cualquiera de los suyos, que son muy pocos, es decir, que no es más que uno, y que, según algunos, ni a uno llega. Canta con cierto sentimiento, mientras enseña detalladamente al asombrado público su inmarcesible indumentaria.)

Mire usted el gabancito que llevo, qué viejo es el pobre.
Mire usted cómo tengo el chaleco y los pantalones.
Mi sombrero color malvasisco no tiene ya casco.
La camisa la tengo hecha cisco, y el cuello hecho un asco.

¡Hay que ver..., hay que ver..., hay que ver!...
¡La ropa que yo llevo peor no puede ser!
Y he notao..., y he notao..., y he notao que si me ve un trapero se va por otro lao...

Mi chaquet es un poco incorrecto, pero fué una ganga.
Sólo tiene un pequeño defecto: ¡le falta una mangal
Y aunque no tiene ya casi tela, su corte es precioso.
¡Fué de moda cuando iba a la escuela Felipe el Hermosol

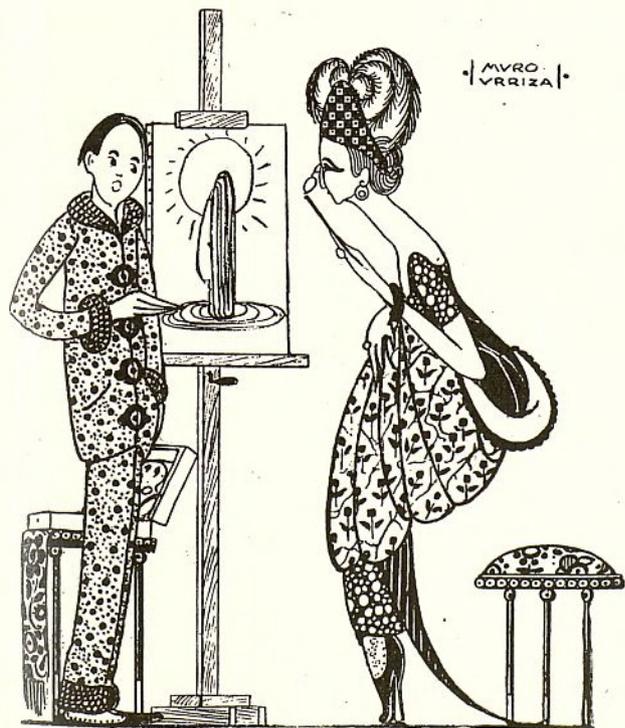
¡Hay que ver..., hay que ver..., hay que ver!...
¡Toda mi servidumbre no hace más que coser!
Y un guasón..., y un guasón que me sumó los siete, sacó medio millón...

Mi chaqueta no tiene botones, y el hilo me ahorro; y una tarde que fui de paseo perdí todo el forro. Sólo queda ya media chaqueta, y aun ésa está rota.
¡Pero, en cambio, de la camiseta no queda ni gotal!...

¡Hay que ver..., hay que ver..., hay que ver!...
¡Así dicen que enseño todo lo que hay que ver!
¿Y a mí qué..., y a mí qué..., y a mí qué...?
¡La ropa de hace un siglo llevando seguiré!...

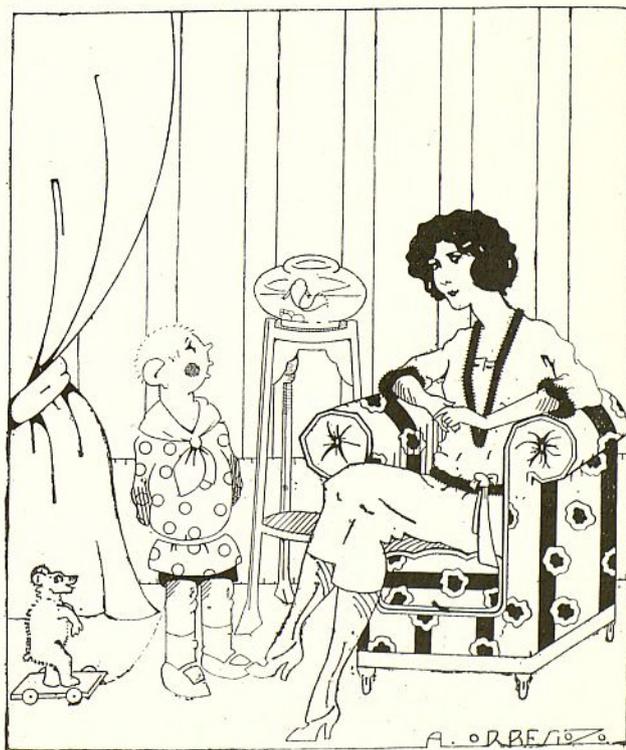
(Para corear esta canción, sería conveniente que se pusiesen de acuerdo todos los españoles, porque ya que Weyler es general, nos parece poco que el coro sea general también. Debía ser universal. ¡O algo más, si es posible!)

NÉSTOR O. LOPE



Dib. MURO IRRIZA. — Valencia.

— Has adelantado mucho, sobrino. Es un paisaje precioso. ¡Sobre todo, las rocas!..
— ¡Por Dios, tía! Si es la cabeza de San Juan Bautista!..



Dib. ORBEGOZO. — Madrid.

— Mamá, el termómetro no hace más que subir y bajar.
— ¿Dónde lo has puesto?
— En el ascensor...

UN DRAMA EN EL SIGLO XVII

EL CARNAVAL EN VENECIA

JORNADA PRIMERA

Delante del palacio del dux Foscarelli, dos gondoleros, *Petrini e Hipolituccio*, dialogan misteriosamente, subidos en su góndola y apoyados en las luengas pértigas. Llevan antifaces de piqué.

PETRINI. — No se vislumbra al dux, ni a sus dos amigos...

HIPOLITUCCIO. — Pero ¿quién va a venir, el dux o los dos?

PETRINI. — Los tres. Ya sabes que el dux Foscarelli, que es de lo más renacentista, quiere camelar a doña Juannetta, la esposa del conde Laurelli.

HIPOLITUCCIO. — Lo sé mejor que el Fleury, Petri.

PETRINI. — Bueno; pues para satisfacer sus apetitos, más desordenados que un mitin, ha decidido operar esta noche carnavalesca. Irá al palacio de Laurelli disfrazado de pingüino, y le acompañarán sus compinches Beppo y Cruccio, vestidos de foca amaestrada y de microbio del tifus, respectivamente.

HIPOLITUCCIO. — ¡Por la Madonnal... ¡Son más pintorescos que los Apeninos!...

PETRINI. — Y ya en el palacio de Laurelli, apelarán a un truco para robar a doña Juannetta.

HIPOLITUCCIO (*riendo con acento toscano*). — ¡Ja, ja!... ¡Qué hermosa noche se prepara!

PETRINI. — ¡Atención!... Ya llegan... (*Aparecen un pingüino, una foca y un microbio del tifus, que son el dux, Beppo y Cruccio.*)

EL DUX (*entrando en la góndola*). ¡Dale a la pértiga, Hipolituccio! (*La góndola se pone en movimiento.*)

HIPOLITUCCIO (*cantando en el reposo de la noche*):

La vida es una prisione
sin un piccolo interés!...
Escuchate la leccione
del excelso San Mamés!...

EL DUX. — ¡Qué poética noche!

JORNADA SEGUNDA

En el palacio del conde Laurelli, y en el apogeo del baile. Por el aire cruzan serpentinas, confetti, botellas de Chianti y alguna que otra silla. La orgía sigue, y son las cinco de la mañana. Meridiano de Nápoles.

EL DUX. — Soy yo, doña Juannetta.

JUANNETTA. — ¡El dux!

EL DUX. — Os amo con más ímpetu que un bisonte, y, para demostraros mi pasión, me he vestido de pingüino. ¿Me amáis vos?

JUANNETTA. — ¿Qué me haréis si no os amo?

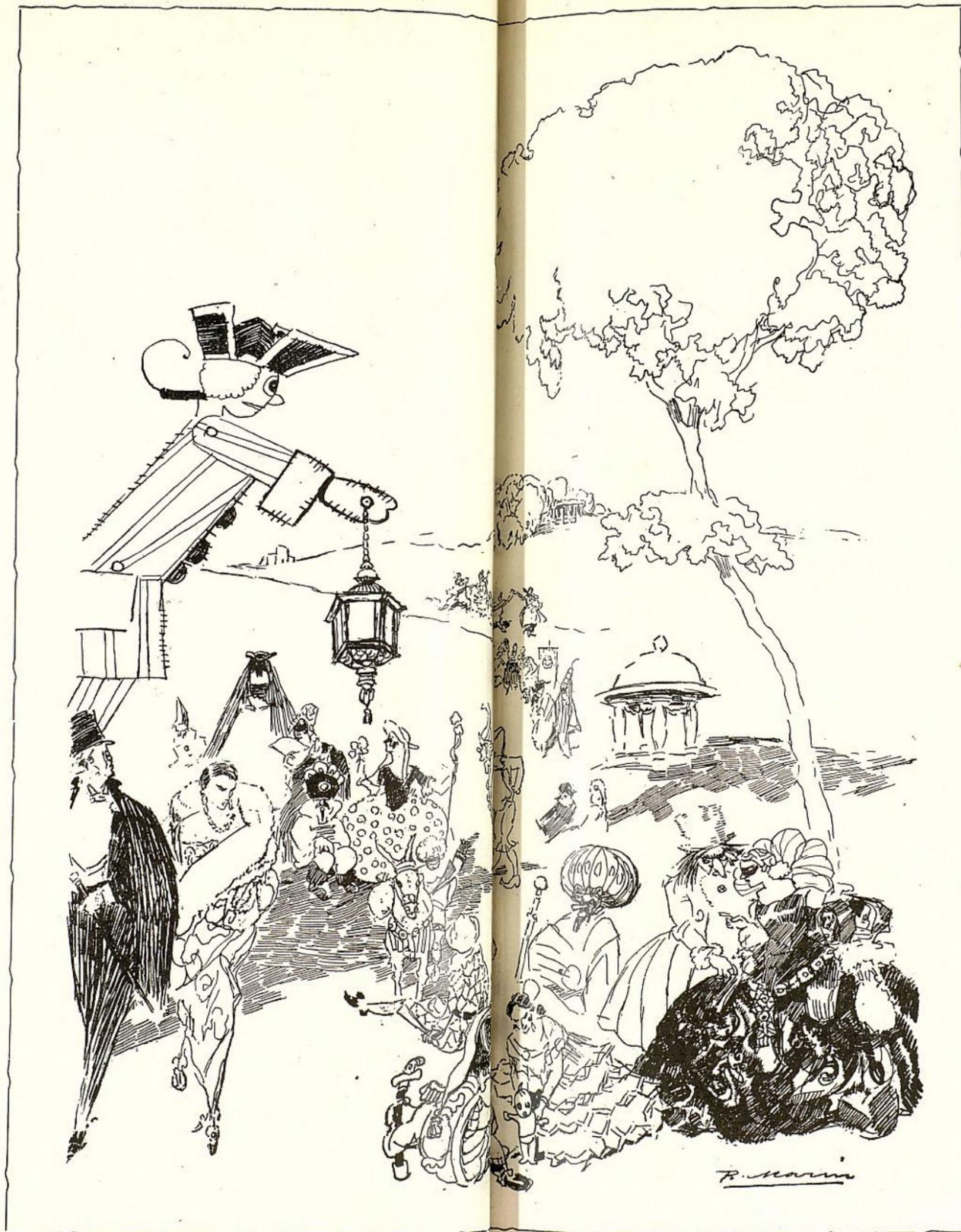
EL DUX. — Os cortaré la cabeza con un serrucho y arrojaré vuestros restos al canal.

JUANNETTA. — ¡Os amo, Foscarelli! (*Le acaricia la barbilla con el dedo meñique.*)

EL DUX. — Hemos nacido uno para otro.

EL CONDE LAURELLI. — Me parece que aquel pingüino está haciendo el oso polar con mi mujer. Ahora se dan un beso. La leve sospecha de que algún día me engañe Juannetta, me sienta peor que una ración de percebes. ¡Joacol... ¡Cristóforol... (*Se acercan dos amigos del conde, vestidos de pararrayos.*)

JOACO. — ¿Qué quieres, Laurelli?



Dib. R. MARÍN. — Madrid.

FANTASÍA DE CARNAVAL

EL CONDE. — ¿Veis aquel pingüino?

JOACO. — Yo veo dos pingüinos.

CRISTÓFORO. — Y yo veo cuatro.

EL CONDE. — Eso es que estáis más *curdas* que siete esponjas. Pero es igual. Necesito que matéis al pingüino.

JOACO. — ¿Qué nos das por hacerle subir al Cielo?

EL CONDE. — Diez mil florines y mi colección de fototipias.

JOACO. — Dentro de una hora estará más putrefacto que un bife de *cabaret* lujoso.

EL CONDE. — Gracias. Me emociona el que os sacrificuéis por mí. ¿Cómo le mataréis?

CRISTÓFORO. — No te preocupe eso. Bastará con que Joaco le dé un puntapié en los riñones, y se los pondrá a la *broche*.

EL CONDE. — ¿Tanta fuerza tiene en los metatarsianos?

CRISTÓFORO. — ¡Ya lo creo! Es delantero centro del *Córcega Foot-Ball Club*. Siendo niño, le arreó una patada a la torre de Pisa, y la dejó más inclinada que un tobogán.

EL CONDE. — Perfectamente. Pues a ver cómo te aireas la sandalia.

JORNADA TERCERA

La plaza de San Marcos. Muchas palomas muy crecidas corren por el empedrado, y en las paredes se ven bastantes palomillas.

EL DUX. (*Aparece llevando en brazos a doña Juannetta y seguido de Beppo y Cruccio, que vienen comiendo pan.*) — ¡A ver! ¡Los gondoleros! ¡Petrini! ¡Hipolituccio!

BEPPU. — ¡Qué prodigiosa aventura de Carnavall!

CRUCCIO. — Así es como estamos haciendo famosos estos festejos venecianos.

JOACO (*saliendo de una bocacalle con Cristóforo*). — ¡Alt! No se pasa sin hablar con la portera...

EL DUX. — ¡Eh! ¡Gran Dios!

BEPPU. — ¡Nos han quitado el sombrero!

CRUCCIO. — ¿Qué quieres decir?

BEPPU. — Quiero decir que nos han descubierto.

EL DUX. — ¡Estamos más perdidos que los huérfanos de Bruselas! ¡A mí, Beppo!

BEPPU (*sacando una daga*). — ¡Esta daga goda sembrará la muerte como si fuese alfalfa! (*Se precipita contra Cristóforo y Joaco.*)

JOACO. — ¡Llegó el momento! (*Hace una flexión y le da un puntapié al dux, otro a Beppo y otro a Cruccio. Los tres desaparecen en la atmósfera. Seis horas después, llegan a Australia y la colonizan.*)

CRISTÓFORO. — ¡Bravol! ¡Tienes una pierna como para servirla en un restaurante! Ahora cojamos a doña Juannetta, que está en el suelo desmayada, y llevémosela al conde, su marido, para que nos dé los diez mil florines.

JOACO. — Eres más tonto que una pavana. (*Le da otro puntapié a Cristóforo y le envía a Palma de Mallorca. Luego coge a doña Juannetta y se la lleva a su palacio. Cuando vuelve en sí, la dice:*) Doña Juannetta, si no me amáis, os doy un quinto puntapié. (*Ambos pasan la noche en brazos de su pasión romántica y arrolladora.*)

EL AUTOR (*pensativo*). — ¡Cuántas historias de Carnaval, así de exquisitas, han contemplado los canales de Venecia!...

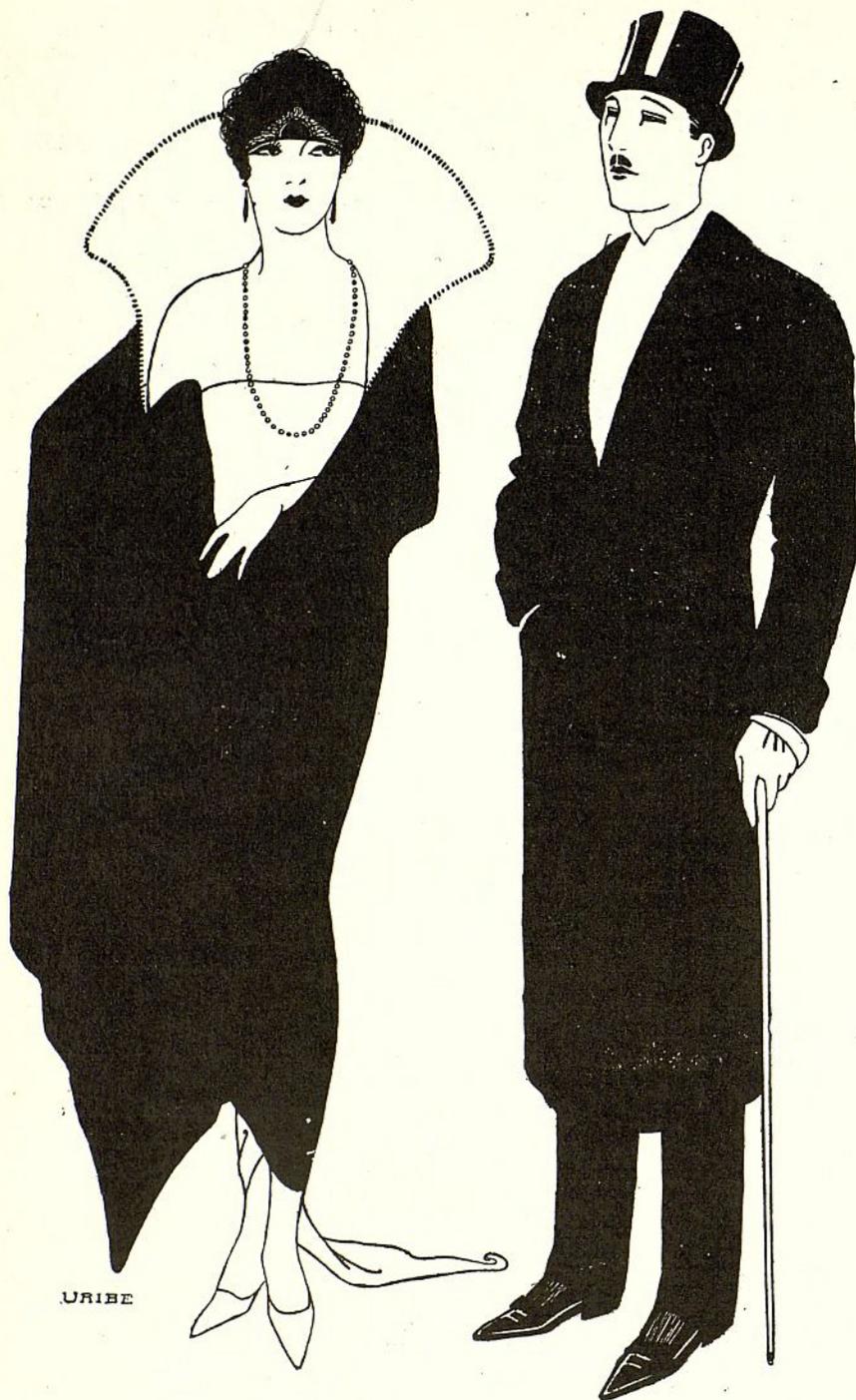
EL LECTOR. — Bueno, amigo; que usted se alivie.

FIN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA TRISTE HISTORIA DE GUADALUPE



URIBE

Dib. URIBE. — Madrid.

LAS FIESTAS BENÉFICAS

ELLA. — ¡Es intolerable! Después de las mil pesetas que he gastado en el traje, tener que dar veinticinco para la Beneficencial...

La triste historia de Lupe es algo que conmueve hasta a las mismas piedras. Figúrense ustedes una mujer que ha ido pasando de comediógrafo en comediógrafo, desde luengos siglos hasta hace pocos días. Tuvo diversos nombres, le sucedieron terribles cosas, y, por último, apareció en el teatro Español llena de amarguras y dolores, que al fin se calmaron gracias a los efectos de un poco de láudano que la previsión de un artista colocó a la mano de la desventurada con el fin de que terminase de una vez sus espantosos padecimientos morales.

No queremos hacer toda la historia de esta pobre mujer a través de los años y de los autores. Nos conformamos con la última y desgarradora aventura, que ha sido hecha pública por obra y gracia de Luis Fernández Ardavin, tan joven como buen escritor.

Y... ¡ajo al argumento, que es, según antes decimos, algo verdaderamente conmovedor.

Lupe vivía tranquila, sosegada, en unión de su madre, y gozando de las delicias de un hogar pueblerino; sin ambiciones ni inquietudes de ningún orden.

Pero si ella no tenía ambiciones, su madre, al parecer, sí las tenía, y de pronto acordó casarla con Pepe, que era un granuja, un mujeriego, un ciudadano de vida licenciosa, borracho él y atropellador de virtudes. ¡Una alhaja, como quien dice! Y... ¡las cosas de los pueblos! No se consultaron las voluntades de los chicos, y, quieras o no, boda, fiesta, holgorio, etc., etc.

Pero he aquí que Pepe, antes de contraer matrimonio, quiso hacer algo que fuese sonado. ¡Y lo hizo, vaya que sí lo hizo! Armó una de *populo bárbaro*, y de la que nos ocuparemos a su debido tiempo.

Pero no nos adelantemos. Tres días antes de la ceremonia del enlace, la chica tuvo que ir a hacer un recado: se le hizo tarde, anocheció, se fué por un atajo para llegar pronto a su casa y... La pluma se resiste a relatar. Vino un granuja desconocido, la siguió, tuvo más fuerza que ella, y... ¡Un espanto, señores! Lo que ocurrió suele titularse en los periódicos generalmente «La bestia humana».

Digamos, para mayor comprensión, que si al sinvergüenza lo pescan, va a la cárcel, y el juicio hubiera sido a puerta cerrada... ¡Y basta de detalles!

La chica, algo avergonzada, ocultó el suceso, y a los tres días se verificó la boda...

Pero he aquí que José observó absoluto desvío en su esposa, tan ostensible, que aun la noche nupcial tuvo el hombre que ir a buscar a su antigua amante para conversar sobre temas de lo que era la actualidad.

José — que en el fondo era un ingenio — creyó que la actitud de Lupe obedecía a una absoluta indiferencia por su persona, y, orgulloso, respondió al desprecio con el desprecio, y fueron la pareja un matrimonio de *camelo*. Mas sucedió que otro día la presencia de la manceba de José acució los celos de la esposa, y tras del altercado vino la reconciliación cariñosa... El matrimonio tuvo efectividad.

Como ni las desgracias ni las cosas buenas vienen solas, de pronto se murió en América un tío de José que era multimillonario. Y José heredó muchos millones, y tuvo que ir al Perú a recogerlos...

Durante la ausencia de José se rasgó un velo tupidísimo que nos ocultaba el drama. Sabíamos que Guadalupe odiaba a su suegra, cosa que, en verdad, no nos extrañó mucho, por aquello de que en las comedias, como en la vida, sabíamos que Guadalupe tenía un carácter endiablado y antipático... Lo que no sabíamos eran las causas... ¡Y al fin nos enteramos de todo, aunque nos sea muy difícil explicar ese *todo* de un modo apropiado!

Ello fué que el suceso de antes de la boda no quedó en tal estado; la que quedó en *tal estado* fué Lupe. Y como Lupe no había sido la esposa auténtica de José hasta transcurridos dos meses de la boda y dos meses y tres días del suceso, pues... ¡velay!

José estaba a punto de llegar de América, y un niño estaba a punto de llegar de París... con dos meses de adelanto, según las cuentas del propio José. ¿Qué hacer?

Como los periodistas somos el demonio, tuvo un compañero la inoportunidad de equivocarse al hacer un telegrama, y salió en un diario la noticia de que el buque en que viajaba el marido había naufragado del todo, y no quedaban ni los rabos.

La mujer, al enterarse de la tragedia marítima, sufrió un desmayo, y dijo unas palabras imprudentes que la comprometían...

Pasaron varios días más — y un *entrecho* —, y se deshizo el error del periódico. José regresó vivo y sano, y el *bebé* llegó de París, más vivo y más sano todavía. ¡No quieran ustedes saber! José daba con la cabeza contra los recios muros de su antiguo casón. Parece que el encalado de la alcoba sufrió serios desperfectos. Quería matar a Lupe, quería comerse crudo al niño.

Resignóse al fin el hombre con su desgracia y corrió en busca de su manceba. Este momento lo aprovechó el padre del infortunado marido para devolver a su nuera un frasco con láudano que

le había prestado ella con el fin de que se aliviara el fuerte dolor de muelas.

Ver Lupe el frasquito y entrarle una gran desesperación, fué todo lo mismo.

¡Que si tenía que suceder! ¡Que si ella quería a su marido! ¡Que la vida es una cosa despreciable! ¡Que *anda la osa!* ¡Que *toma del frasco!*

Y así pasó. Lupe se tomó el frasco de láudano como quien ingurgita un vasito de benedictino...

Después, y en vista de su envenenamiento, quiso despedirse de José, le hizo venir y le descubrió el misterio de la llegada al mundo del niño *prematuro*.

— Una noche... Un desalmado... Tres días antes de la boda...

José comenzó a dar voces.

— ¡Detalla!... ¡Explicatel... ¿Dónde ocurrió?

— ¡Sí! ¡Yo llevaba un anillo en la mano derecha, y el muy fresco, además del favor, me quitó la sortija y se la llevó!

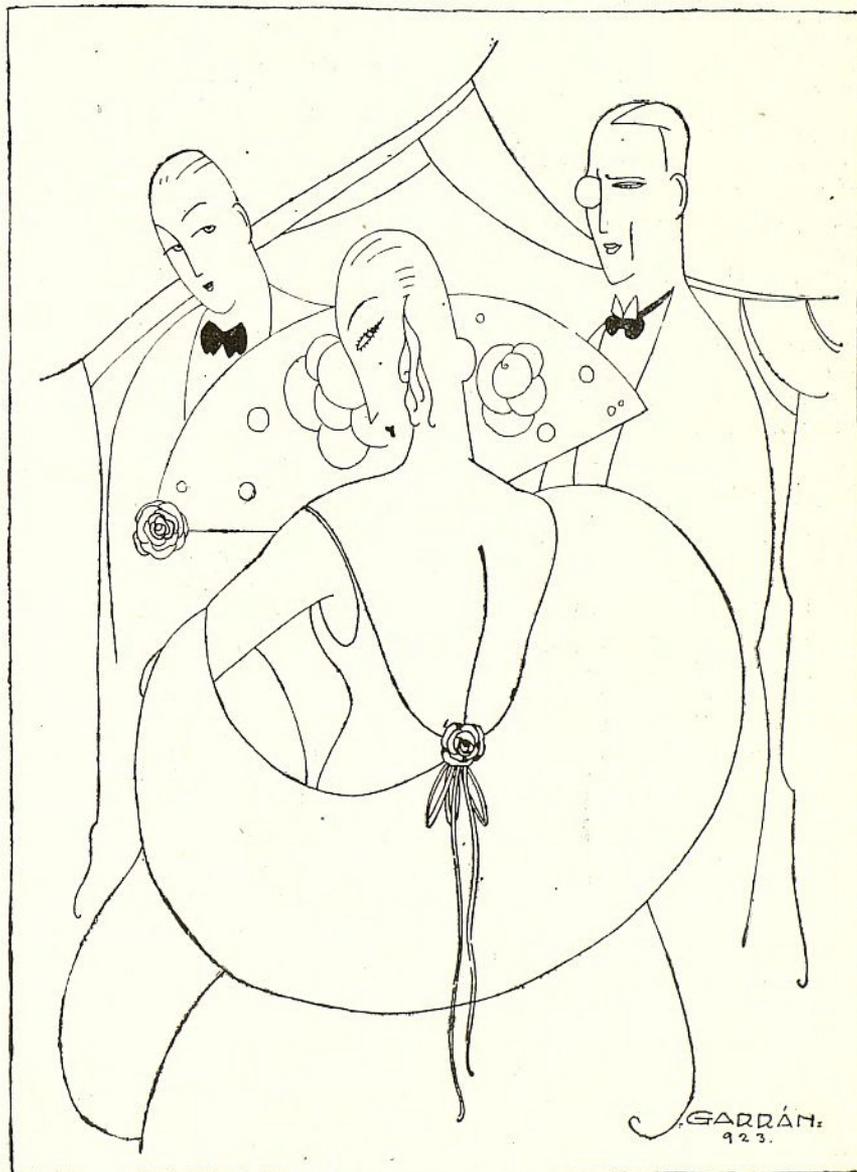
— ¡Oh! ¡Ah! ¡Yo!... ¡Un dial! ¡Sí! ¡Justamente! ¡Yo estaba borracho! ¡Hice una atrocidad con una ciudadana!... ¡Luego le llevé una sortija a mi amante! Se la regalé! ¡Buena la he hecho!

— ¡Gracias! ¡Muero tranquila, José! ¡El hijo es tuyo y mío! ¡Es de los dos!

José lloró como un desesperado. Guadalupe subió a los cielos aureolada con la corona del martirio!

¡R. I. P.!

JOSÉ L. MAYRAL



Dib. GARRÁN. — Madrid.

— ¡Ay, Dios mío, qué compromiso! ¡Ahora no recuerdo a cuál de los dos le di ayer el sí!...

UNA NOVELA QUE SE LAS TRAE

FRAGMENTO DE UN CAPÍTULO

En Moscú ha salido estos días a la calle (a pesar del horrible frío que ha hecho) una nueva novela del cavernoso y aterrador escritor ruso Estanislao Kachetoff. El éxito ha sido tan formidable, tan exuberante, tan escandaloso, que han tenido que intervenir los guardias y pegar sin duelo a unos cuantos entusiastas para que no dieran gritos impropios de la seriedad de Rusia y del mal humor de Moscú, justificado por la falta de Lenin y por la falta del cochino dinero, que cada vez les está faltando más abiertamente.

La novela de Kachetoff, [cómo no], ha llegado a España, y un genio literario amigo nuestro ha comenzado a traducirla a su modo y manera, [vamos, a traducirla mal, que es como aquí se acostumbra a traducir las cosas; pero, en fin, a traducirla... BUEN HUMOR, deseando que sus inefables lectores gozasen antes que nadie de las bellezas de esta obra maestra, ha rogado al traductor que le enviase un capituloje cualquiera, para honrar y decorar con él sus ya espléndidas y churriguerescas columnas; pero el traductor no ha querido acceder a nuestros deseos, y entonces nosotros hemos jurado que, o de Petrogrado, o por fuerza, tendríamos el capítulo.

¡Y así ha sidol

Hemos allanado la morada de nuestro amigo, y le hemos hurtado unas cuartillas tranquilamente, las cuales van a conocer ustedes ahora mismo. Pero ocurre una cosa desconcertante, que también van ustedes a ver en seguida: en medio del texto, y con letras muy gordas, hay ciertas anotaciones, al parecer incongruentes. ¿Son del traductor, que con ellas ha querido ayudarse para la mejor comprensión del texto, o son del propio Kachetoff, que es un humorista y habrá querido dar una forma nueva a su obra?... En la duda, las respetamos y transcribimos, y además confiamos en que quizás ustedes se expliquen lo que nosotros no nos hemos podido explicar, a pesar de habernos pasado tres noches sin dormir..., por lo cual hemos tenido que dormir los tres días correspondientes a esas tres noches.

Y, como ustedes estarán ya impacientes, dejamos los comentarios, y allá van las cuartillas ofrecidas.

Dicen así:

EL FILÓSOFO Y LA NIEVE

He tenido una atroz pesadilla, no tan pesadilla como la del jueves, pero bastante pesadilla también... Al despertar no me acuerdo de nada; pero me acuerdo de abrir los ojos, y veo que está nublado... ¡Qué horrible tiempo! ¡Hace

un mes que no sale el soll (*¡Qué gusto le debe de dar al «A B C»!*) Cae la nieve, implacable, incansable, indigestable... Temblando, salto de mi cama, agarro mis zapatillas de orillo y me las pongo. Cojo (*Romanones*) mi camisa y me la pongo también. Tomo mi traje y cubro mis livianas carnes. Mientras me visto, siento en los huesos el fresco (*Alba*) que invade mi guardilla misera. Acabado de vestir, y sin lavarme la cara, porque no tengo agua, y sin tomar *la mañana*, porque no tengo vino, abandono mi zaquizamí y salgo a la calle. El tiempo está cada vez más feo (*Bergamín*). No obstante, hay que vivir, hay que ganarse la pitanza, hay que luchar bajo la nieve; y Moscú lucha, vive y se la gana... En una esquina grita un sacamuelas (*Franco Rodríguez*) ante un corro desnutrido, del que no se destaca nadie que quiera sacamolarse, frase típica en el hampa de Moscú, que significa extraerse un raigón. En otra esquina un húngaro exhibe un loro amaestrado (*Melquiades Alvarez*), que tiene en su melancólica faz la añoranza del caldeado trópico. En otra esquina, una rabanera (*Chelito*) pregona su mercancía con inflexiones picarescas que obligan a los transeúntes a tomar el rábano por las hojas. Y en el humilde quicio de una puerta cochera, una jovencita, casi una niña (*Loretto Prado*), vende castañas asadas al que las quiere comprar, que no hay quien las quiera.

¡Triste cuadro de pesimismo nevado, de rabia congelada, de miseria callada y catarrosal... Me cruzo con un chillado (*Ossorio y Gallardo*) que recorre las calles pronunciando arengas, de las que nadie hace caso. Al pasar la barrera, veo que la salta un hombre que huye, que huye siempre, que huye todos los días (*Rafael Gómez «Gallo»*) de un imaginario peligro. Es otro tarata que tiene la manía de creer que le van a matar, y de decir que él no ha matado a nadie en su vida. Paso ante la puerta de la tienda de un judío (*Cambó*). Oigo sonar oro, veo tapices, cuadros; pero los cuadros, en lugar de tener marcos, tienen dólares... Una voz femenina vibra con acento cálido y prometedor. ¿Será una judía? (*Ventosa*). No consigo penetrar el misterio de dolor que encubre la puerta del judío establecimiento, y sigo arrastrando mi filosofía por las calles moscovitas. El padre Eterno (*Maura*) parece no acordarse de sus hijos. Su palabra no nos envía consuelos, ni promesas. La nieve cae. Los pájaros emigran (*Unamuno, Soriano*). No ladran los perros, ni mayan los gatos, ni ríen los viandantes. Y los que ríen, los poquísimos que intentan reír, lo hacen con la amarga, con la desgarradora risa del

payaso, que no es risa, sino un sollozo cubierto de albayalde y rebozado con crema Simón.

¡Oh, la nieve en Moscú, sin casa confortable, sin esperanzas y sin rublos, o con rublos cuando están bajos! La terrible nieve, que sigue cayendo, mientras sus víctimas elevan al cielo los brazos pidiendo gracia! Pero no, [no hay gracia! (*Abati, Paso, Arniches*); ¡el hosco cendal que cubre el cielo se entenebrece a cada nueva súplica, a cada diferente oración... Y sigo mi peregrinar infecundo, y vago, vago y vago (*Lerroux*), contemplando en cada calle, en cada puerta, en cada ventana, una miseria distinta, un drama latente, una desesperación sin remedio!

Vuelvo al centro de la ciudad. Quizás el espectáculo de la vida burguesa ahuyente mi negro pesimismo. Entro en un café-concierto. Un violinista toca algo que me parece de Sarasate. ¡Sí, es Sarasate! (*Edmond de Bries*). ¡Sarasate, indiscutiblemente... ¡Pero aquella música divina no va bien en el ambiente vulgar del café! Hay en la muchedumbre que escucha algo ridículo (*La Cierva*), algo densamente y formidablemente cursi (*Alcalá Zamora*); una cosa así como un quiero y no puedo (*Sánchez Guerra*), que me hace pensar tristemente en que, para un auditorio tan pedestre, sobran las mágicas armonías de un violín sabio, y basta con una trompa ruidosa (*Sánchez de Toca*), soplada con venientemente por un simpático y elegante murguista (*maestro Guerrero*).

Salgo del café más triste que he entrado. Pienso salir de Moscú aquella misma noche para no aniquilar mi personalidad entre nieve y mentecatez. Encaminome a la estación. Maquinalmente me detengo ante el escaparate de un bazar quirúrgico, y lanzo un grito: un magnífico esqueleto (*Teresita Saavedra*), de tamaño natural, me habla del fin propincuo e inevitable a que todos caminamos. De la estación próxima salen baúles y entran maletas (*Chicuelo, Lalanda*). ¡Alguien viene a Moscú apeteciendo lo que yo desprecio!... Desisto de mi viaje... La locomotora lejana silba, silba insistente, silba sin cesar, estrepitosa silba (*Un estreno de Ramos Martín?*), y yo la digo: «No me llames, fantasma con cabellera de humo, monstruo de pies de acero y sin botas! ¡Eres hermosa, pero sin seso! (*García Prieto*), y no puedo hacer caso de lo que dices. Me quedo en Moscú.»

Y me he quedado. Más vale lo malo conocido (*Azorín*), que lo bueno por conocer (*Pirandello*).

Por la transcripción,
ERNESTO POLO

EL CARNAVAL DE DON NUÑO

La comitiva atronaba el puente levadizo del castillo; don Nuño, al frente de sus nobles, regresaba después de guerrear unas semanas por las sedientas planicies de Segovia.

La esposa de don Nuño, la hermosa castellana, contemplaba desde un torreón la entrada de los bravos.

Las recias armaduras y los cascos con la celada baja impedían ver el rostro de los guerreros; mas, sin embargo, a su paso, y entre el pueblo, conglomerado a la puerta del castillo, resonaban sus nombres al reconocerlos por el color de sus plumas o de sus armas.

— ¿No es aquél, por ventura, el de las plumas verdes, el bravo don Guzmán? — decía una voz. O bien:

— Mirad la arrogancia de don Sancho *el Maloliente*, aquél que va rodeado de moscas.

— ¿No es aquél don Ramiro *el Membranoso*? — interrogaba una doncella.

— Sí, le contestaron; se le reconoce en sus plumas negras.

— ¿Y aquél de fiero porte, que va con el pendón?

— Es don Pero *el Liviano* — se murmuró en voz baja.

Detrás venían don Lope, don Rodrigo, don Lele, don García y don Gómez. A don Nuño le acompañaba don Pérez.

Cerrada la puerta del castillo, y habiendo desmontado los nobles, uniéronse, como de costumbre, en el gran salón de armas, donde podrían a sus anchas divagar sobre los incidentes de la jornada.

Los caballeros, a pesar de su indudable cansancio, no se habían quitado sus armaduras: permanecían espada en mano y con la visera calada el día entero.

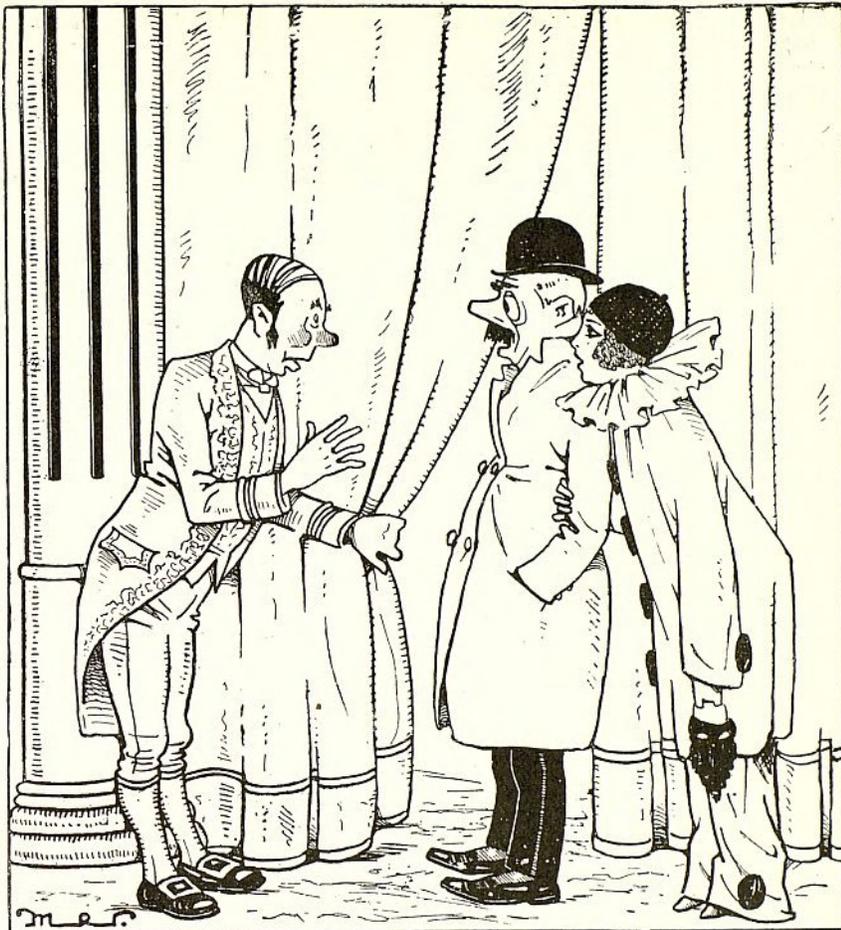
Era el orgullo de esa mesnada. «Hombres de hierro», decía don Nuño.

Cesó el guirigay al penetrar éste en la estancia seguido de la bella castellana. Crujieron las armaduras al inclinarse los caballeros, y la dama sonrió agradecida.

Don Nuño habló así:

— Nobles soldados: los trances de la guerra tienen su fin, aunque éste sea limitado; nada se opone a que unáis lo útil a lo agradable; mañana es día de Carnestolendas; todos habréis de disfrazaros, y en este castillo ha de reinar la franca alegría, sazónada por los vinos que en abundancia haré subir de las cuevas. Sólo os pido que os disfrazéis de modo que nadie os conozca, para que los excesos que podáis cometer, debidos, probablemente, al mosto, no recaigan al otro día sobre los bravos guerreros que habéis de seguir siendo.

Esta fué la arenga de don Nuño; y de todos aquellos hierros brotó un murmu-



Dib. MEL. — Madrid.

EL PORTERO. — ¡Caballero, haga usted el favor de quitarse la careta!
EL CABALLERO. — ¿La careta?... ¡Cuando se la quite usted!...

llo aprobador; se oyeron algunas risas y comentarios jocosos.

Los nobles no estaban hechos a jolgorios de este jaez. Sus chanzas versaban de ordinario sobre lances de pelea, o trovas maliciosas y horribles cuentos de digestión.

Los juegos en el castillo limitábanse a la pelota y al ajedrez; algunos, los menos, arriesgaban su oro en el depravado juego del *chito*.

Se retiraron a dormir con cordiales saludos.

— Hasta mañana — dijo don Lele, el del penacho amarillo.

— Buenas noches — sentenció don García, el de las plumas rojas.

— Salud a todos — se oyó murmurar por la celada de don Rodrigo, el del escudo de plata.



Don Nuño y la castellana fueron los primeros en hollar el patio central del castillo. No madrugaban los nobles, quizás adormilados por la fatiga del día

anterior, o trajinando en busca de un disfraz adecuado. Sentáronse los esposos en su espera.

Al fin, oyóse crujir la puerta del torreón donde moría la escalera que llevaba a las habitaciones de los caballeros.

Apareció un hombre, simplemente vestido de vasallo, sin escudos, ni plumas, ni armas, con la cabeza y el rostro completamente al descubierto.

Don Nuño observó con asombro que el hombre se adelantaba hacia él, y que, cuando hubo llegado a dos pasos, se rompió en una reverencia y le saludó con la contrasena familiar de los nobles de don Nuño.

La castellana sonreía complacida, mientras la puerta del torreón daba paso a hombres y hombres, vestidos de vasallos y sin nada que les cubriese el rostro ni la cabeza.

Todos se adelantaban hacia el señor y le espetaban escogidas impertinencias con voz atiplada. ¿Quién hubiera reconocido, ataviados de esa guisa, a los

nobles de don Nuño? En verdad que no había modo de averiguar quiénes eran esos mozos robustos, barbudos y cejijuntos, que tan felizmente disimulaban su voz, ya que, sin distintivos de otro género, era el único hilo posible para desenredar la madeja.

Don Nuño, hecho a ver a sus guerreros prestos para la batalla, no recordaba haberlos visto nunca sin el aparato que ello requería.

Allí estaban todos los caballeros fingiendo su voz y sin reconocerse entre ellos mismos, ante el asombro del señor y la sonrisa perenne de la castellana.

— Reconoceremos, sin duda — dijo don Nuño — a Sancho *el Maloliente*. Soltad los perros — ordenó.

Algunos mastines salieron al patio y correataron por entre los nobles; pero no se agruparon ávidos y olfateantes, como otras veces, en rededor de don Sancho; los mastines prefirieron aquella mañana el perfume exquisito de las esquinas.

El astuto don Sancho se había lavado, para despistar completamente.

La imposible tarea de desenmascarar a los enigmáticos descubiertos finó,

para dar principio a un magnífico festín, preparado al efecto.

Espléndido fué éste, y tan largamente corrieron los vinos, que al final los comensales sentían fuertemente sus efectos, y a alguno hubo que llamar al orden, por contar historias de color subido en presencia de la castellana, que... seguía sonriendo complacida.

La sobremesa fué larga, y las libaciones continuaban, y aquellos guerreros, ebrios del todo, no pudieron reconocerse cuando les presentaron los pulidos metales que les servían de espejo.

Finalizaron todos tendidos en el suelo, inmóviles, como muertos. Era preciso transportarlos a sus habitaciones; mas el conflicto seguía en pie: ¿cómo saber cuál era el cuarto de cada cual? Quedaron los servidores en suspenso, y no hubieran sabido qué hacer, cuando la castellana, hermosa y sonriente, recorrió la estancia señalando aquellos cuerpos tendidos y pronunciando sus nombres.

— Don Pero, don Lele, don Ramiro, don Sancho...

EDGAR NEVILLE

CUENTOS ANCIANO

Don Antón, joven curita de una minúscula aldea, dirígese a Pueblo Triste, caballero en una bestia muy tranquila, y a la grupa, su gentil sobrina lleva.

— ¡Vaya una maleta, padre! — le dice un chusco, por befa.

Y el curita le responde:

— ¡No es maleta, no es maleta!



Confesábase contrita la resalada Salud, honra y prez de la hermosura del bello tipo andaluz, y el talego de sus culpas vació ante el padre Saúl.

— Mir'usté: de fartas chicas le traigo lleno un baúl.

Pero..., padre, ¡cómo huele usté a aguardiente, Jesús!...

Son pecadillos veniales, es decir, pecados *ful*...

¡Diantre con el olorcito!

¡Por los clavos de la Cruz!...

Contra el sexto mandamiento

le juro, como eso es luz,

que peco más que ninguna...

¡Qué pestel... ¡Por Belcebú!...

— ¿Tú has venido a confesarte, chiquilla, o a hacer el bu?

Hace ya dos horas largas

que me estás oliendo tú

a otra cosa, y soy tan bueno,

que no te lo he dicho aún.



En misérrima posada pide albergue un tal Quirico, y danle un jergón anémico junto al que ocupa un negrito, huésped también de aquel *Palace*.

— Que me llames a las cinco —, repitió con insistencia, antes de acostarse, al chico.

Quisieron darle una broma sus burlones compupilos, y, con sebo de los carros que en el patio había esparcido, le embadurnaron el rostro apenas se hubo dormido.

Muy puntual, *rara avis*, le despiertan a las cinco. El hombre de nuestro cuento deja su jergón de un brinco, y, al verse tiznado, dice:

— ¡Si será bruto este chico, que, en vez de llamarme a mí, ha despertado al negrito!...

M. FERNÁNDEZ CONDE



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¡Vaya un traje!... ¡Te habrá costado un dineral!...

— ¡No lo creas; como es todo a cuadros, lo he pagado en marcos!...

MOR

S

0

el-

letal

ra

as

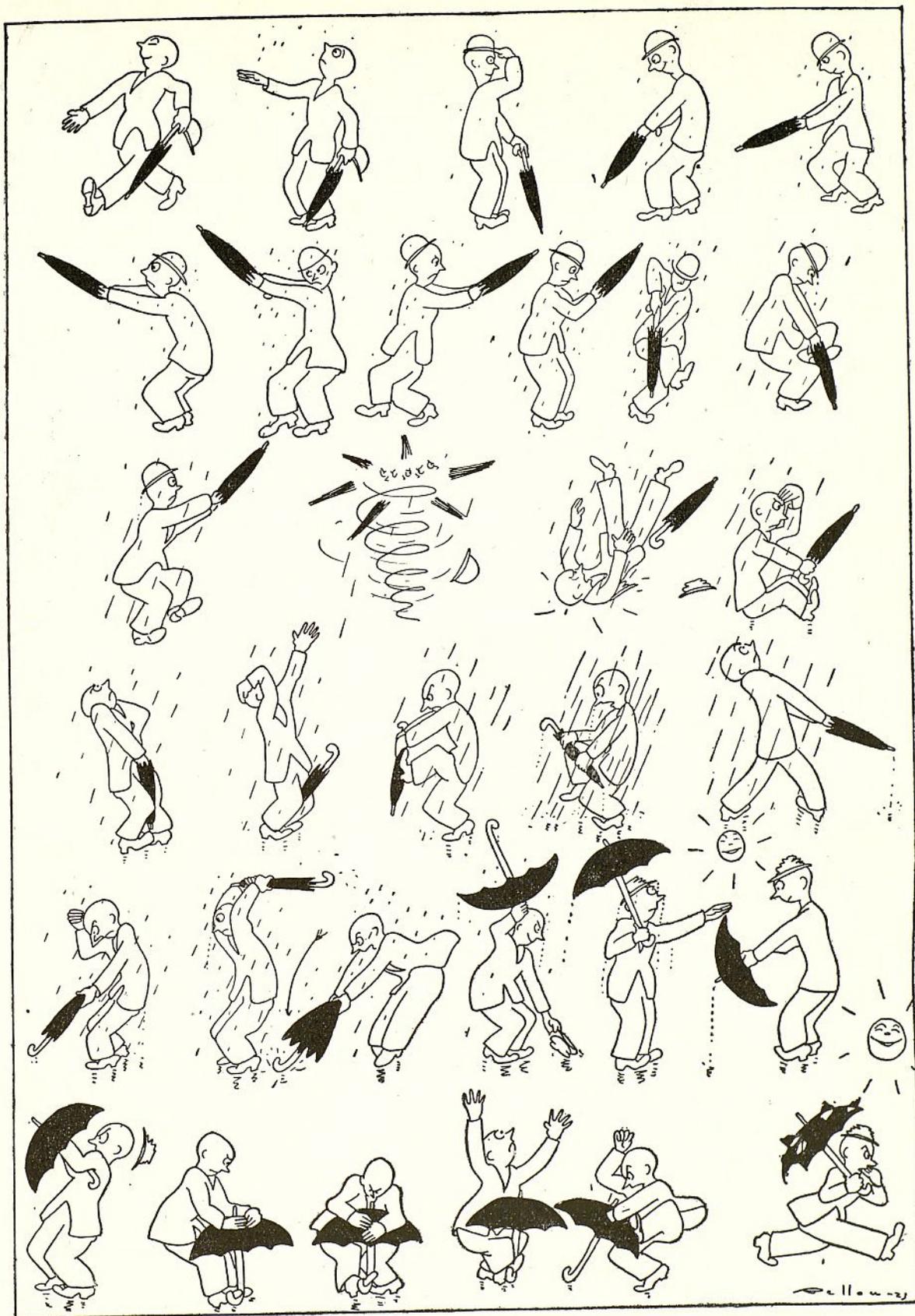
o

arte,

o,
ace.
o-

o,

DE



Dib. BELLÓN. — Madrid

LA TRAGEDIA DEL PARAGUAS

Ayuntamiento de Madrid

EN BUSCA DE CINCO DUROS

(TRAGEDIA EN PROSA)

Ayer, al levantarme, eché una ligera mirada a la mesa de noche, y vi un papel escrito por la patrona de la casa de huéspedes, donde me pueden ustedes mandar (si es dinero, cuando gusten), y que decía así, a la pata de la letra:

«Si en *to* el día de *oi* no me abona usted las veinticinco pesetas que me *deuda*, será usted *bilmente* arrogado de mi Casa. Doña Bárbara *biuda* de Peso.»

Aquel insulto a la parte *vil* de mi personalidad, aunque dicho por una viuda Bárbara y lleno de faltas de ortografía, no puedo negar que me llegó a las vecindades del alma. Así es, que determiné salir inmediatamente de aquella casa de intolerancia, en donde se ofendía mi

dignidad, buscando antes los cinco duros para... Al principio pensé que para tirárselos a la cara a mi patrona; luego resolví enseñárselos nada más, castigando de este modo su inicuo proceder.

Me eché a la calle. ¿Ustedes saben lo que es echarse a la calle en busca de cinco duros? ¿Se han visto ustedes en ese triste caso? Yo, que tantas veces me encuentro dinero en la vía pública, ayer no divisé ni un misero real de vellón..., ni de los otros. ¿Qué hacer? ¿Ponerme en una esquina, con la mano extendida, diciendo: «Hermanito, déme cinco duros, por el amor de Dios»? Imposible. Cinco duros no hay quien los dé actualmente, ni por el amor de Dios, ni por el temor

al diablo. ¿Recurrir a los amigos? ¡Menos! Por una fatalidad, que sólo a mí me persigue, siempre que le he pedido dinero a un amigo, ha dado la pícara casualidad de que en aquel momento no tenía..., vamos, no tenía ganas de pasar por tonto.

Hora y media estuve por esas calles en construcción, melancólico, pensativo, mirando los adoquines levantados, discurrendo sobre lo incómodo que es tener el bolsillo vacío, considerando la perfecta inutilidad de la tabla de Pitágoras, etc... Al fin, me di un golpe en la frente. ¡Ah, que idea más luminica la que se me ocurrió! ¡Me había salvado!

¿Yo no soy literato y pintor? — me pregunté, confiando en que iba a contestarme que sí —. Pues, entonces, cojamos una poesía y un cuadro y, ¡halal, a sacarnos provecho monetario.

Con este bellissimo proyecto volví a casa, me eché al bolsillo uno de mis poemas más enormes y definitivos, y al hombro uno de mis paisajes más representativos, más plenos de idealidades y, además, con marco, y, como el manchego ingenioso, hice mi segunda salida.

La de las once de la mañana sería cuando entré, con paso firme y sonoro, en la redacción de un periódico. Al presentarme al director le dije:

— Vengo, señor, a traerle una poesía...

— Veamos — me interrumpió el director; y, cogiendo mis versos, se dignó leerlos. «¡Cosa rara!», dirán los autores noveles, pero así fué —. ¡Hermosa composición! ¡Completamente estupenda! — exclamó luego.

— ¿Se publicará?

— Por supuesto.

— ¿Y dónde?...

— ¿Dónde ha de ser? En el periódico.

— No, si digo que dónde..., vamos, dónde debo presentarme a... (se me achicó la voz), a cobrarla...

— ¿A cobrarla?... ¿La poesía?...

— Claro.

— ¡Pero si aquí no acostumbramos...!

— ¡Cómolo... ¿Pues no dice usted que estos versos son muy hermosos?...

— Hombre, hombre, siempre se exagera. Lo de usted, malo no es; pero... todavía le faltan sus perfiles. Además, usted es una firma inédita. No me diga que no. Y nosotros solamente les pagamos alguna que otra vez, cuando nos descuidamos, a las primeras firmas, a los carteles... No creo que usted se considere un cartel.

— No; un cartel no soy...

— Por consiguiente... Podemos publicarle su cosita, pero nada más. ¿Convenido?

— No, señor. Permítame la poesía...



— ¿Hace usted el favor de retirarse, caballero?
— Aun me faltan dos años, señorita...

Dib. Víctor. — Madrid.

— Nosotros...

— Sí, ya sé: ustedes... Abur.

Y mientras el director me miraba con asombro, como diciéndose: «¿Quién será este tipo tan estrafalario que quiere cobrar unos versos?», yo guardé mi original y volví a la calle, convencido de que, efectivamente, para los poetas el progreso es una palabra vana.

Pero, bueno; no hay que amilanarse. Vamos con el paisaje. Se lo llevaré al duque de Cobalto, que tiene fama de ser el coleccionista español más rico y de más buen gusto. ¡Al duque, pues!

Llegado a su palacio, me hicieron pasar a la sala. (Otra cosa rara, pero así fue.) Apareció el rico *amateur*. Hubo un saludo.

— Pues yo venía, señor duque, con este paisaje...

— El duque se colocó como a seis metros del cuadro; lo miró, primero, cerrando el ojo derecho; luego, el izquierdo; luego, poniéndose una mano en forma de pantalla; luego, en forma de canuto; luego, torciendo la cabeza; por último, dando carreritas en todas direcciones, sin quitar la vista del paisaje.

— No le extraña a usted — me dijo — esta manera de observar. Así se miran las obras artísticas en Alemania. Yo soy germanófilo. ¿Y usted?

— Pintor.

— Eso me gusta.

— ¿Y el paisaje? ¿Qué le parece?

— Me hace..., me hace... Yo opino que la figura es el género que mejor estiliza el arte.

— Claro.

— Usted tiene, por ejemplo, las obras de un Claudio *Cuello*, de un Domingo Greco, de un Anglada *Caramasa*... Son obras estilizadas. En cambio, en Munich he visto un Rodin que no me convence.

— Y mi paisaje..., ¿le gusta?

— Me hace..., me hace... El paisaje, a mi juicio, encierra muchas dificultades.

— ¡Inúmeras!

— Pero, mire usted, le soy franco: en el paisaje no se puede estilizar el estado del alma. Porque, ¿cómo en el verde de un árbol va usted a estilizar el amor, por ejemplo? ¿Y la cólera? ¿Eh? Yo creo que no se puede.

— Es cierto. Y mi paisaje..., ¿qué le parece?

— Me hace..., me hace...

(Pero ¿qué le haría? ¿Le haría daño?)

— Yo opino que el arte tiene que evolucionar.

— Mucho.

— Y usted..., ¿cuánto lleva por su obra?

— ¡(Al fin!) Pues..., vea usted: se la voy a dejar muy barata, casi regalada. Porque, como quiero salir de una deuda... Vaya: déme usted veinticinco pesetas.

— ¿Veinticinco pesetas? — exclamó el duque asustadísimo.

— Sí... Ya sé que es una miseria; pero...

— Me parece muy caro.

— ¿Caro?... ¿Ha dicho usted caro?... ¡Si los cuadros más malos...!

— Calle. No me diga que Velázquez es del todo malo.

— ¡Nunca!

— Bueno, pues el otro día, por una peseta, me conseguí un Velázquez.

— ¿Un Velázquez? (Aquí fui yo el asustado.)

— Sí, señor

— ¿Y por una pe...? Sería copia.

— No, no...

— Una fotografía.

— Tampoco. Lo que le digo: original de Velázquez. Venga usted.

Y el duque de Cobalto, muy ufano, y yo con una estupefacción mayúscula, entramos en un espacioso salón.

— Allí — me dijo el *amateur*, señalando un muro.

Miré y..., efectivamente: en aquel muro estaba nada menos que el retrato de Felipe IV... recortado de *La Esfera*. Tuve que contenerme para no reventar de risa.

— Pero, señor duque, ¡por Dios!... Si esto es una tricromía.

— Tricromía, pero de Velázquez.

— ¡Toma, así...!

— Y por cincuenta céntimos..., ¡uh!, paisajes de García y Rodríguez, mi paisajista favorito.

— Claro, comprando el *Blanco y Negro*.

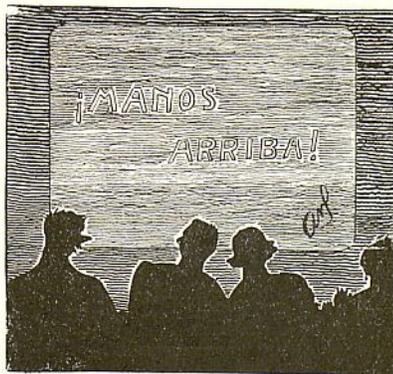
— De manera que ¿cómo quiere usted que la pague cinco duros por un lienzo que no tiene *todavía* ni medio metro, y que carece hasta de cristal? Vamos, le dare a usted cuarenta céntimos, porque no diga...

— Gracias, señor duque. Espere usted al domingo que viene y lo conseguirá por menos: ¡por diez céntimos!

— ¡...!

— Porque pienso publicarlo en *Los Lunes de El Imparcial*. Salud.

EN EL CINE



Dib. ARS. — Gijón.

EL SEÑOR DE LA IZQUIERDA (viendo una película americana). — *Oiga, pollo, ¿no ha comprendido usted la indirecta?...*

Nueva salida. ¡Ayl! Aquellos dos desengaños me produjeron un sinsabor tal, que estuve por afiliarme al partido socialista. ¡Qué cosas más agrias se me ocurrieron acerca de la sociedad! ¡Qué sátira la que hice *in mente* de los duques que compran cuadros.

Ya me iba rindiendo la pesadumbre; ya iba sucumbiendo a los duros embates de la falta de cinco duros, cuando de pronto, ¡oh, gran Dios!, un rayo de luz artificial aparecióseme: aprovechar mis conocimientos de teneduría de libros... ¡Bravo!

Invadí en seguida una pescadería, cuyo dueño, un gordo que olía a vino (tenía encima una *merluza*), me dijo que precisamente necesitaba arreglar unas cuentecillas. Y, dándome un papel, me ordenó que hiciera una multiplicación.

— Si la hace *ustez* bien, le daré cinco duros...

¡Soplal... ¡Cinco duros!... ¡Las palabras mágicas!...

Y repitiendo maquinalmente «cinco duros», «cinco duros», lleno de regocijo, saltando de contento, borracho de felicidad, comencé la operación.

— Pero oiga, amigo, ¿qué es esto? ¿Ocho por cuatro son cinco? ¿Tres por nueve son cinco? ¿Siete y dos son cinco? ¿Y *entoavía* tiene *ustez* el tupé de ser tenedor de libros? ¡Mal va *ustez* a comer con ese tenedor, so farsante!



Lo menos que se figurarán ustedes es que yo no sé multiplicar. Pues se equivocan ustedes. Yo sé multiplicar, y mucho. Lo que pasa es que...

Eso de ofrecer cinco duros a quien tan imperiosamente los necesita, por hacer una simple multiplicación, es un crimen. La alegría me trastornó, naturalmente. El ansiado billete en perspectiva me hizo saltar los números. ¡Qué diablo! Al mejor matemático le ocurre...



Tantos hombres como hay en el mundo que no son nada y ganan dinero, y yo, ¡pobre de mí, que soy artista, que soy escritor, que soy tenedor de libros, que soy casi víctima..., no hallo cinco duros por ninguna parte.

Un recurso queda: el último.

Señor director de BUEN HUMOR: hablando, hablando de que no encuentro cinco duros, he hecho una cosa que puede valerlos: este artículo. El fondo de este artículo es... un billete de veinticinco pesetas.

¡Por favor, señor director, no deje usted de publicar mi artículo! Que usted no conoce las intenciones de una patrona cuando se llama Bárbara y es viuda de Pesol...

BERNARDINO DE PANTORBA

DEL BUEN HUMOR AJENO

UN PRETENDIENTE BROMISTA, por Rodolphe Bringer

El señor Petrousquin, rentista de Dreux y propietario de una *villa* greconormanda, que habitaba en compañía de su única hija Fanny, reventaba de gozo leyendo la carta que el correo acababa de traerle.

Era su hermana, la bondadosa Gertrudis Petrousquin, quien le escribía, anunciándole en aquella misma mañana la llegada de un joven encantador, que haría un marido ideal para Fanny. Enrique Devau — así se llamaba el candidato — poseía treinta mil libras de renta y un carácter propenso a la broma. ¡A cualquiera que se le dijese!... Estaba herido de amor por Fanny nada más que con haberla visto en fotografía.

Esto escribía la buena tía Gertrudis, completamente feliz de asegurar, al fin, la suerte de su queridísima sobrina.

¡Qué jaleo se armó en la *villa* greconormanda! Se quitaron las fundas del salón, limpiáronse los cuadros, se alisó la hierba del jardín, se dispuso un almuerzo..., ¡qué sé yo! Los mil trabajos que se realizan en circunstancias análogas, cuando se trata de deslumbrar a un yerno millonario inclinado a la chanza.

Melania, la vieja sirvienta, no sabía dónde tenía la cabeza; el jardinero no se daba tregua, y el señor Petrousquin y su hija estaban completamente locos.

Tal fué el trajín de la casa aquella mañana, que un ladrón — sí, señora, un ladrón — pudo colarse en ella sin ser visto.

Por desgracia, en el momento en que iba a retirarse con una magnífica cosecha de objetos preciosos, estuvo a pique de darse de narices con el señor Petrousquin, y se vió obligado a embutirse en una alacena, como si en la *villa* greconormanda se representara un segundo acto de *vaudeville*.

Entretanto, todo estaba dispuesto,



— ¿Cómo te las arreglas para ser feliz con tu marido?
— Pues muy sencillo: le dejo en libertad, y me cercioro de que él lo sabe, y yo me tomo también toda la libertad que puedo; pero procuro que él no lo sepa.

(De *Lustige Blätter*, de Berlín.)

cada cosa en su sitio, y ya podía venir cuando quisiera el joven pretendiente.

Eran las once y treinta y cinco; el tren de París llega a Dreux a las diez y cuarenta y tres; así, pues, como la *villa* greconormanda se halla a veinte minutos de la estación, Enrique Devau debía estar en la casa. ¿Qué significaría esa tardanza? ¿Habría perdido el tren? En tal caso, todo el trabajo de la mañana resultaba inútil.

De repente... — ¡oh!, aquí comienza el acto —, de repente, al señor Petrousquin le parece oír que la alacena estornudaba. ¡No! Yo pregunto a ustedes: «¿Es lógico que una alacena estornude, por mucha humedad que haya?» Ustedes y yo lo hubiéramos atribuido a encantamiento; pero el señor Petrousquin era un espíritu sosegado: abrió la alacena y...

— ¡Cogido! — dijo el caco saliendo.

Al descubrir al individuo, el rentista se quedó un tanto indeciso, como ustedes supondrán; pero, de súbito, dándose una palmada, y tronzado por una risa ahogadora, exclamó con alegría:

— ¡Ah, qué ocurrencia! ¡Esto sí que está bueno! ¡Famoso, famoso! La pobre Gertrudis me había advertido que era usted un bromista, pero no tanto.

Y el señor Petrousquin hipaba en los espasmos de un gozo olímpico.

El ladrón, que estaba en el Limbo, quedó todavía más admirado cuando oyó decir al rentista.

— Usted llegó mientras todos estábamos ocupados. Nadie salió a recibirle, y entonces imaginó la treta de esconderse en la alacena. ¡Oh, qué broma más ingeniosa! ¡La contaré, la contaré!

El ladrón, que era inteligente, comprendió que se trataba de un *quid pro quo*; pero como, en resumen, salía beneficiado, se guardó muy bien de desengañar al señor Petrousquin.

Se sentaron a la mesa, almorzaron tomaron café y se hizo la rueda al pretendiente. El ladrón anónimo demostró ser un hombre de mundo y un convidado ameno. Fanny estaba contenta, y Petrousquin, padre, juró que su hija nunca tendría otro marido.

Se despidieron con la promesa de volver a ver, y aquella misma noche Petrousquin escribía a su hermana:

«El novio que has mandado es encantador. Estamos entusiasmados con él. ¡Qué ingenioso! Al marcharse ha querido a todo trance llevarse la plata del comedor.»

— ¡Es raro — pensaba Gertrudis al recibir la carta —. Enrique Devau no ha podido ir a Dreux, porque se rompió una pierna. ¡Mi hermano está en un error!

¡Ya lo creo que lo estaba! Pero el buen Petrousquin se aperció de ello demasiado tarde.

M. V.

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

A. B. Madrid. — Con lágrimas en los ojos (que es el único sitio de donde nos salen) le decimos que nos hemos visto en la dolorosísima precisión de negar nuestro apo-

yo a sus dos humorísticos trabajos.

J. L. R. P. Madrid. — «¿La tragedia del que copia?... ¡Quia, hombre!... Usted, por lo visto, ignora el importante jornal que se sacan (y no de la cabeza) los autores de dramas policíacos.

Atlante, 13. — Sus «Mujeres de hogar» son las únicas mujeres que no nos han gustado en esta vida. Mande algo, que no sean mujeres, porque nos apena extraordinariamente cometer faltas tan atroces de galantería como la que hoy tenemos que lamentar.

Si quieres mostrar los dientes, te aconseja el que esto escribe que uses el sin precedentes Licor del Polo de Orive.

F. de T. Madrid. — «Los zapatos azules» no son del número que gastamos en esta casa. Y, además, no se les ve la punta.

E. C. F. Madrid. — No podemos tomar su «Jarabe». Estamos seguros de que no nos aliviaría ni tanto así.

B. Alvarez, Oviedo. — Su artículo es más largo que una excursión en mixto a La Coruña. Hemos llegado al final tan cansados, que nos hemos tenido que acostar y tomar una taza de caldo de ave pero que volando.

Pérez. Cuenca. — No nos placen sus cuartillas.

Pipirre. Donde se halle. — Decimos a usted lo mismo que al anterior.

M. A. Idem. — Idem, id. A. A. C. Madrid. — Su breve (menos mal) trabajo literario lo hemos arrojado al cesto «con otras cosillas».

J. P. L. — Los anacronismos, cuando no tienen una gracia para producir cinco mil muertes por risa fulminante, son cosas de las que debe huír un escritor como si le persiguiera un acreedor que ya no pudiese aguantar más.

Marién, Madrid. — Perdone usted que le digamos que no estamos de acuerdo con usted. ¡Y es lástima, porque parece usted unas miajillas discreto!

Plus Ultra. Valladolid. — ¡Con el dinero que podía usted ganar dedicándose al negocio de exportación de piñones tostados!

más negra desesperación, hemos tenido la debilidad y el poquito de altruismo de admitir un dibujete a Correa y Pita, de Madrid (¡y dicen que Madrid no da artistas!); un par de asombros de lápiz a E. Martín Y., de San Sebastián; y una leve genialidad al señor A B C D E F G H I J K (que, el día que le protesten todas las letras, se ha caído).

Velay. Cieza. — ¡Taday, pobreza!

F. G. — De la deliciosa narración que con el título de «Un drama en el circo» nos envía, hemos de decirle varias cosas. La primera es que los dramas no suelen darse en los circos, sino en los teatros. La segunda es que ese «truco» de los animales que hablan es más viejo que Olimpia de Avigny; y la tercera es que el cuento no tiene gracia hasta el final. ¡Eso sí, el final es magno, inefable, aplastante.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

Andovales. Sevilla. — ¡Pues y usted, no ha pensado en el dineral que haría vendiendo polvorones a domicilio? ¡Son errores de vocación que se pagan carísimos, carísimos amigos!

Con el alma lacerada, y vertiendo un llanto de lo más acerbo que hay en el mundo, nos hemos visto precisados a rechazar los dibujos con que nos han honrado los señores artistas que mencionamos acto seguido: Tomás Pérez, San Sebastián; Alejandro Diges, Madrid; Francisco Fuentes, Campamento de Carabanchel; Oló-saba, Madrid; Corella, Toledo; Alfre, Bilbao; Miguel A. Montero, Madrid; L. Muro, Pamplona; Ognara, Madrid; T. T., Burgos; Kiss-me Kandussi, Melilla; Salazar, Madrid; Paquita Albornoz, Oviedo; Julio Fernández Casado, Escorial; Miguel, Madrid; A. O. D., Madrid; Miranda Torres, Melilla; García Lago (con paradero desconocido); Luis, Madrid; A. Aróztegui, Madrid, también; Manuel Sousa Hernández, la villa del Oso, como los anteriores; Yagües, los Madriles, como los precedentes; y J. Esteve, la coronada villa, como los que le anteceden.

Y para no sumirlos en la hasta tal punto, que sólo por ese final publicaríamos el trabajo! Pero da una mala coincidencia: que la blasfemia se castiga con quince días de arresto o con quinientas pesetas de multa, y nos ha dado miedo por usted. ¡No obstante, si usted no tiene inconveniente en ir a la cárcel, avise, y quizás nos decidamos!

hasta tal punto, que sólo por ese final publicaríamos el trabajo! Pero da una mala coincidencia: que la blasfemia se castiga con quince días de arresto o con quinientas pesetas de multa, y nos ha dado miedo por usted. ¡No obstante, si usted no tiene inconveniente en ir a la cárcel, avise, y quizás nos decidamos!

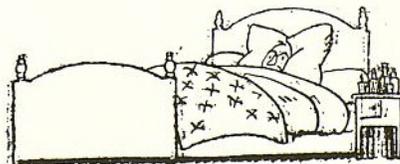
Avelino Perejil, Madrid. — ¡Por su culpa, por su exclusiva culpa, señor nuestro, tenemos a un redactor hace tres días en observación en la Sala de dementes del Hospital Provincial! ¿Qué le hemos hecho a usted, para que haga con nosotros lo que ha hecho? ¡Pero, en fin, qué le vamos a hacer! ¡Y a está hechol... Y no va más.

F. H. Madrid. — No nos hace su artículo. Haga usted otro, o haga usted lo que quiera. ¡El libre albedrío está sancionado por la Constitución!

A. M. Madrid. — Su «gón-dola» se ha ido a pique.

A. S. Gijón. — Su «Hombre al agua» ha seguido el mismo triste camino que la gón-dola del otro señor. Reciban, usted y el otro, nuestro pésame más sentido.

El Bufolero, Madrid. — Debíamos haber adivinado que usted no nos podía mandar más que un churro. Pero no hemos caído hasta que nos lo hemos deglutido íntegro. ¡Eso sí, usted no nos «recuela» otra indecencia como la que nos ocupa, puede usted estar seguro! ¡Servidor!



— ¿Cree usted, doctor, que podrá soportar la operación?
— Yo creo que sí. ¿No es millonario?...

(De Le Rire, de Paris.)

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Cuál es el colmo de la transformación?

— Tirar un cubo de agua por el balcón y que resulte que sube un guardia.

Pirulo. — Madrid.

Entre dos diputados de la Cámara francesa:

Charles. — ¿Te parece que pida la palabra, Paul?

Paul. — ¡No, Charles!

Anónimo. — Madrid.

Van a la sierra de Guadarrama varios jóvenes, y pregunta una señorita a un pollo:

— ¿Cuánto tardaremos en esta excursión?

— Unas doce ondas.

— ¿Qué quiere usted decir? No le entiendo.

— Es que, con esto de la radiotelefonía, las ondas «son...oras», dice todo el mundo.

Enrique Soria.

— Adiós, Antonio. ¡Y Dios quiera que no descarrile el tren y te mates!

— No tengas miedo. ¡Llevo billete de ida y vuelta!

Santiago Santacréu.
Madrid.



— ¿Por qué llevan la cruz en los entierros?

— Porque no puede ir sola.

K. Charro. — Laguardia.

— ¿Cuál es la cosa más «desesperá» de este mundo?

— Un peral sin peras, porque está «desesperao».

Benjamín López.

— ¿En qué se parece un propietario a una mujer que está criando dos mellizos?

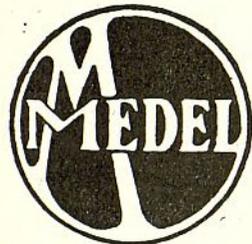
— En que el propietario tiene criados, y la mujer «cria...dos».

El Chistosillo de Dueñas.
Palencia.

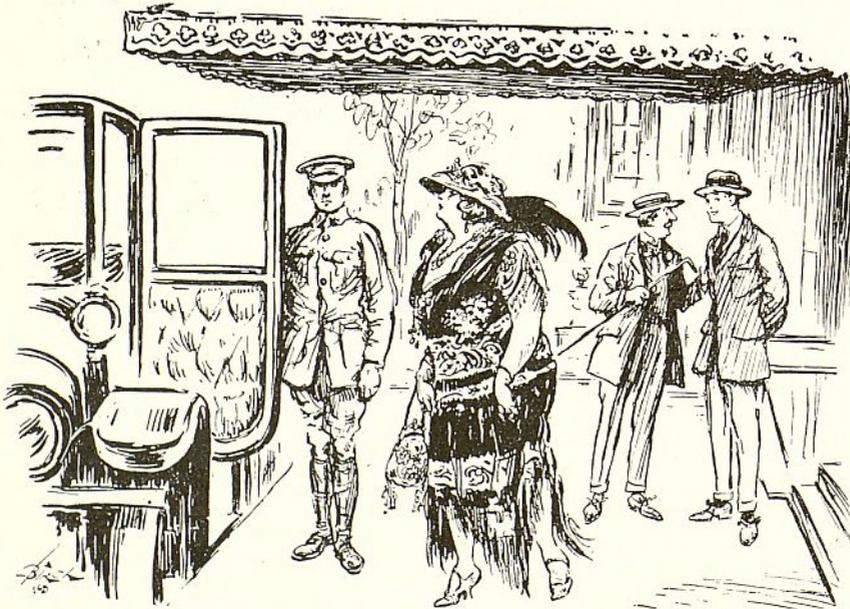
— ¿En qué se parece un automóvil Ford a un cadáver?

— En que se descompone a las veinticuatro horas.

Aparcero de Pepiyo
el Jabonero.



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO



— Parece mentira: una mujer tan inteligente como miss Biltmore, y que se recargue de tantos detalles en el vestir.

— Eso precisamente demuestra su inteligencia: ve uno los detalles, y no se fija en el conjunto...

— ¿Cuál es el té que ataca más a los nervios?

— El «te-léfono».

K. K. Uet. — Madrid.

Sus gustos son refinados.
No hay placer del que se prive.
Por eso, si se acatarra,
toma el Jarabe de Orive.

— ¿Cuál es el juego más criminal?

— El de la brisca, porque «se roba y se mata».

L. Yllera Camarero.

El premip del número anterior ha correspondido a **Manolo Porlan**.

¿QUIÉN NO CONOCE...

la Ortografía Martínez Mier? — Las personas que no son cultas; todas las demás la tienen como obra de consulta sobre su mesa. En sus 450 páginas, además de una selecta y amena doctrina, hay estudios lingüísticos y un copioso vocabulario de palabras :: :: de escritura dudosa :: ::

(De Life, de Nueva York.)

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Numero suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojez, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

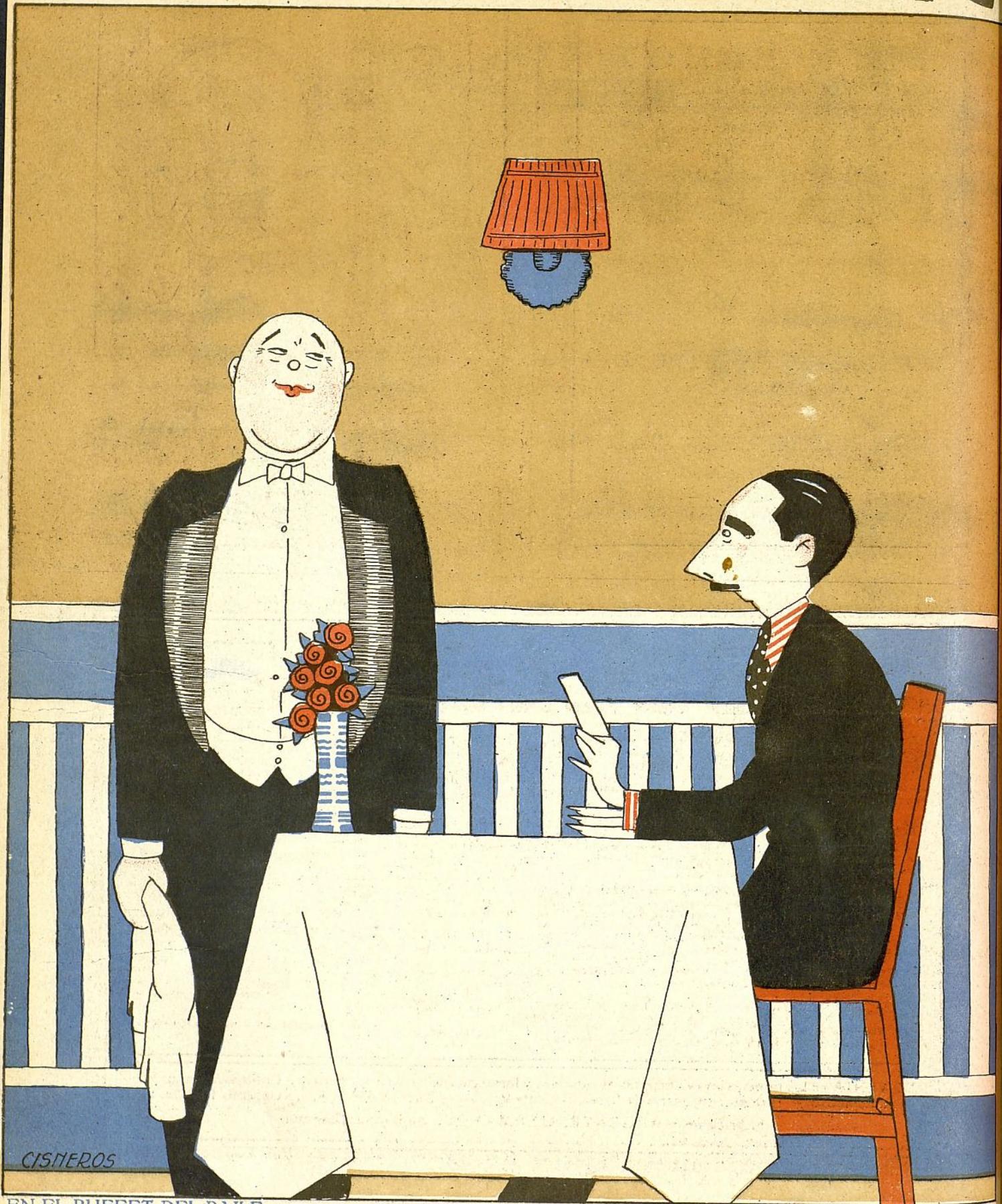
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



CISNEROS

EN EL BUFFET DEL BAILE

—¿Qué tiene que sea bueno?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CISNEROS.—Madrid.